



PEON
CONTSEBAS
OESIAS

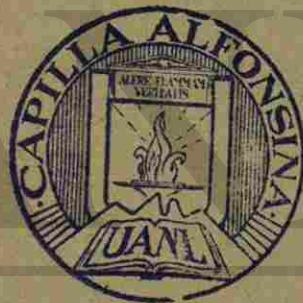
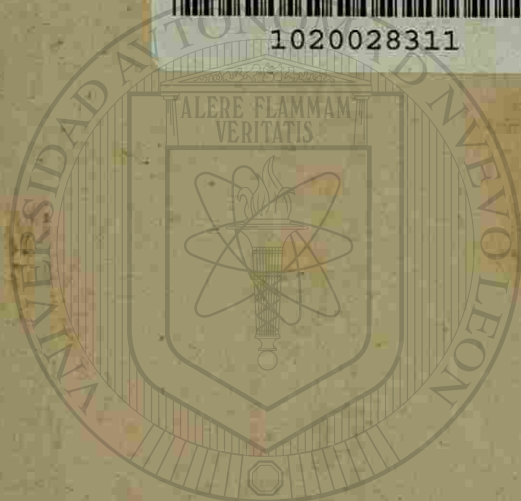
R. C.

PQ7297
.P36
M5

100007



1020028311

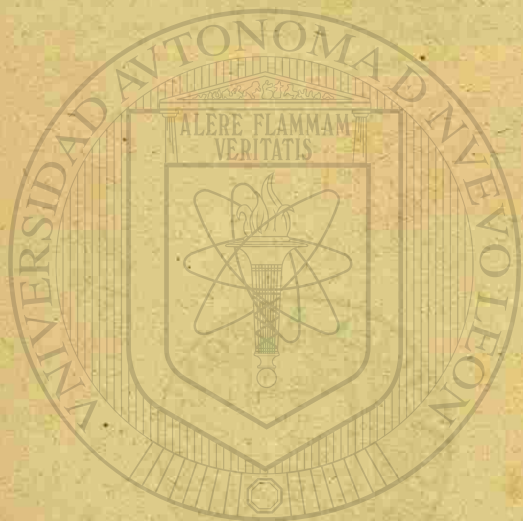


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

M 861

S

PQ7297

.P36

MS



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

12658



1890

EN UN ALBUM

MÉXICO



100007

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32321

EN UN ALBUM.

PRIMERA PAGINA.

—Señora: ya está abierta la arábica ventana!
Abrirla me ordenastes y presto obedecí.—
Ahora ya que inunde la luz de la mañana
Tu camarín de raso, tu alcoba de sultana....
El paje se retira: tus órdenes cumplí.

No impiden ya las anchas vidrieras de colores
Que á tu retrete lleguen las almas de las flores,
Los cantos de las aves, los ecos del laúd;
De tu soberbio alcázar la puerta ya está franca
Al viejo peregrino, á la novicia blanca,
Al trovador errante que de su lira arranca
Mil himnos armoniosos de eterna juventud!

Seré si tú lo quieres, su heraldo vocinglero,
Y te diré los nombres de cada caballero
Que el puente levadizo pretenda atravesar;
Con mi clarín de plata te anunciaré si llega
El Príncipe de Atenas en su carroza griega
Q el arrogante y rudo Rodrigo de Vivar.

Que lleguen á admirarte tus huéspedes, señora,
El mago de Circasia, la Reina de Bassora,
El opulento obispo y el pálido Prior;
Yo solo abrí las puertas, y preparé la entrada:
Por el rastrillo, al noble; por la ventana, al Hada;
Y por la azul escala, de seda recamada,
Al verso que te busca, cual joven trovador!

Alcázar es tu album: sus altos torreones
Habitan golondrinas y rondan los halcones....
El agorero buho jamás reposa allí!
De gasa plateada revístelos la luna,
Y cuando el sol despierta, dorando la laguna,
Les prende de los hombros un manto carmesí.

En los marmóreos patios rebullen los vasallos
Y piafan orgullosos los árabes caballos
Y brillan los estoques y duerme el arcabuz;
Por ver á las meninas esfuérzanse los pajes
Y agitanse las plumas y tiemblan los encajes
Y en los bordados áureos de los lucientes trajes
Se truecan en diamantes los átomos de luz.

Asoma á tu ventana: contempla los jardines,
Los bosques de naranjos, los húmedos jazmines
En cuyas hojas calma su sed el ruiseñor;
El chorro de la fuente que cae desalentado,
Llorando y ya sin fuerzas, cual pobre enamorado
Que en vano subir quiso adonde está su amor.

Verás cómo se alegran en sus pequeños nidos
Los pájaros canoros que estaban entumidos,
Y piensan, si los miras, que empieza á amanecer;

Verás cómo te busca la inquieta mariposa
Y oirás cómo, volando, te dice que eres rosa,
Y aunque la riñas mucho, por terca y caprichosa,
Verás cómo tampoco la puedes convencer!

[Cantad en estas hojas, oh pájaros poetas!
Venid aquí á esconderos, oh tímidas violetas!
¡Oh Príncipes y bardos, á este castillo entrad!
Abierta quedó, alondras, la arábica ventana!
¡Viajeras golondrinas, ya apunta la mañana,
Venid y en estas torres esbeltas anidad.

.....
.....
.....
El paje se retira: no suenan en la alfombra
Sus pasos, y se mira la vacilante sombra
Cruzar los gobelinos del gótico salón;
Después se aleja y huye por el jardín callado...
¡Oh ruiseñor que cantas en el gentil granado,
.... Ya brillan los luceros: preludia tu canción!

M. Gutiérrez Nájera.

UNA FLOR.

De tu mansión espléndida, Señora,
un paje guarda la dorada puerta,
y anuncia,—como el pájaro la aurora,—
con canto melodioso
que voz ninguna á remedar acierta,
á los que llegan á tu hogar dichoso.

Y ¿cómo puede quien cantar no sabe
como canta ese paje vocinglero,
venir á darte con lenguaje rudo,
más leal y sincero,
gentil Señora, su cordial saludo?

Yo, de mi huerto humilde, te traía
una flor nada más; pero tan pura
como el aljófar que al llegar el día
del prado vierte en la menuda grama,
—lágrima de su adiós,—la noche oscura.

Vióla tu paje; de fugaz sonrisa
su rostro se bañó, y quedo, quedo,
así me dijo:—“Perlas y diamantes
verás en el alcázar, que es remedo
de mansión oriental por su riqueza.
Oculta lo modesta florecilla
indigna de la noble castellana

en cuya frente la diadema brilla
de regia majestad y de grandeza,
y á quien ofrecen su mejor perfume
de extraños climas las preciadas rosas.
No aquí pretendas entonar un canto
con rústico rabel; aquí sus arpas
pulsan los bardos de inspirada frente,
y son las notas de sus arpas de oro,
murmurios de la brisa de los prados,
suspiros de las aguas de la fuente.”

Al punto respondí:—“Que no te admire,
que no te admire si llegué el primero
cuando el último soy de los cantores:
vine sólo á escuchar cómo celebran
de tu dueña y Señora
la virtud y bondad los trovadores.
A dejar la quietud de mi retiro
no del aplauso la ambición me lanza,
no de los bardos al renombre aspiro
ni acaricié jamás esa esperanza.
La humildad de mi ofrenda no te asombre:
la flor que yo traía
de la *Amistad* se llama;
es prenda de respeto y simpatía,
y es mucho lo que vale por su nombre.
¿Cantar? jamás lo hiciera
donde te encuentras tú; donde se espera
turba canora que al parar el vuelo
y de la gloria al repetir los himnos,
convierte en gloria el miserable suelo.

A tu gentil Señora
transmite, oh paje, con palabras fieles
las mías, en buen hora;
no temas disgustarla, no receles:
su noble pecho la verdad adora."

Así dije, Señora, á ese parlero
paje que anuncia en tu feudal castillo.
Acaso el mensajero
repetirlo olvidó, y acaso creas
que me faltaba, por mi triste suerte,
una *flor de amistad* para ofrecerte;
mas ya lo sabes: á tu régio alcázar
el primero llegué,—jamás lo olvides,—
pues si el último soy de los cantores,
soy el primero en darte
la más preciosa flor entre las flores.

Francisco Sosa.

La canción del bardo.

Un viejo criado tuve que me contaba historias,
cuando era yo muy niño, del tiempo que pasó:
y al remover el polvo de lúgubres memorias,
fantasmas evocaba de las mentidas glorias
que en las edades muertas el hombre ambicionó.

Y así, cuando en las noches zumbaba roncó el viento
y hacía las vidrieras de mi balcón temblar
gustábame, escuchando aquél cansado acento,
dejar las alas libres al loco pensamiento
y con ficticios mundos y seres delirar.

Conservo aun el recuerdo de historias peregrinas,
consejas pavorosas que nunca olvidaré,
¡yo soy como ese cardo que crece entre las ruinas
y que en el muro hendido enclava sus espigas
para buscar apoyo en lo que grande fué!

Soñaba del alcázar morisco los jardines
sirviendo á alguna hermosa doncella de prisión,
y en torno del alcázar soñaba paladines

de cuyos férreos cascos los negros lambrequines
flotaban como flotan las brumas del turbión.

He visto la batalla que el triste sol poniente
bañaba con los rayos de su postrera luz:
he visto ensangrentadas las aguas del torrente,
y ví la media luna de musulmana gente
hollada por los bravos guerreros de la cruz.

Al ir tras otros mundos, en frágil carabela
por ignorados mares vogando sin temor;
al rudo golpeteo de la latina vela
y al ronco hervir bravío de la anchurosa estela
uní mi débil canto de obscuro trovador.

Pero entre tanta historia de luchas y de amores,
de un triste amor, señora, la breve historia sé;
historia de esperanzas perdidas, de dolores,
de anhelos infinitos, de marchitadas flores
de ausencias, de amarguras.... ¡pero de eterna fé!

Él era un bardo errante; hermosa y gentil ella:
sólo una vez se hablaron.... ¡para decirse adiós!
brillaba en el espacio la vespertina estrella;
ahí se dieron cita el bardo y la doncella,
y se alejaron luego de su destino en pos!

Pasaron muchos días: del uno el otro lejos
aquellas lentas horas sintieron discurrir,
y sus tristezas nuevas y sus pesares viejos
lloraban en la ausencia, buscando en los reflejos
de su remota estrella, la paz del porvenir....

De un almenado muro, bajo ojival ventana
un hombre, triste y serio, detúvose una vez:
de la apacible luna la claridad lejana
el busto de la noble y hermosa castellana
iluminó en el hueco del gótico ajimez.

El hombre, el negro embozo deshizo grave y lento,
y mudo y pensativo quedóse, hasta que al fin
á la cadencia vaga del gemebundo viento,
uniendo melancólico su varonil acento,
así cantó sus cuitas al són del bandolín.

Sé que vienen á ofrecerte,
Señora mía, los bardos
blancas guirnaldas de nardos
de azucenas y azahar;
que su queja al viento roban,
á las fuentes sus murmullos,
y á las aves sus arrullos
para venirme á cantar.

Sé que eres buena y hermosa,
que amor en tu pecho anida,
y que para tí la vida
guarda eterna juventud:
y yo también he querido
cantar, noble castellana,
yo ¡trovador que engalana
con crespones su laúd!

No traigo flores; que todas
las flores que yo tenía,

al irse la amada mía
 en sus trenzas se llevó:
 ¡ya no vendrá á deshojarlas
 llorando por el pasado
 sobre el sepulcro ignorado
 de aquél que tanto la amó!

¡Ella ha muerto! su fantasma
 envuelto en cándido lino,
 anoche, por mi camino
 ví en las sombras divagar;
 y es necesario, Señora,
 que con ella á unirme vaya:
 ¡Soy náufrago que la playa
 al cabo pudo alcanzar!

Mas antes de partir quise
 lo que aun me queda ofrecerte;
 ¡en una canción de muerte
 mi lira de trovador!
 Al pie de estos nobles muros
 vengo á romperla, Señora,
 ¡dime adiós! ¡llegó la hora!
 ¡me está esperando mi amor!....

Calló el mancebo: el rostro, de nuevo en el velludo
 embozo de su capa, con lentitud cubrió;
 rompió su lira de oro con golpe seco y rudo;
 severo ante la dama dobló la frente, y mudo
 del gótico castillo ligero se alejó!....

José Peón del Valle.

AL PARTIR.

Señora, media noche y vos en la ventana,
 Mirando las estrellas que van en caravana
 Cual pálidas novicias en grave procesión;
 Señora, media noche y vos mirando el río,
 Clavada la pupila en el paisaje umbrío
 Y en la gigante sombra del ancho torreón.

Os prestan homenaje los valles dilatados,
 Os guardan murallones vetustos y almenados,
 Y al sucumbir la tarde en púrpura imperial,
 En tanto que en las sombras envuélvese el castillo,
 De la redonda luna al argentado brillo
 Encuadra vuestro busto el regio ventanal.

¡Qué veis de los luceros en los fulgores rojos?
 ¡Qué miran las estrellas en vuestros negros ojos!
 Amais al bravo noble, vuestro gentil señor;
 Él es en los torneos invicto caballero,
 Él es por agradaros vuestro ágil halconero
 Y en las veladas tristes, él es vuestro lector.

Por vos brilla la aurora en el balcón de Oriente,
 Por vos el sol asoma la luminosa frente,
 Por vos la noche esparce su lóbrego capuz;

Y cuando, pura y bella, dormís en vuestro lecho,
 Por escuchar el casto latir de vuestro pecho
 Desciende de los cielos un serafín de luz!

Vos sois la castellana que esmalta la Edad Media
 Y que vestida de oro cruzó por la tragedia,
 Por el romance antiguo y el canto popular:
 Vos sois aquella dama de gracia peregrina,
 De quien habló en sus versos Gutierre de Cetina,
 Por quien luchó en el campo Rodrigo de Vivar.

¿Por qué la hermosa vela y al ventanal se asoma?
 Es que el ensueño de oro, cual vívida paloma,
 De su oriental cabeza revuela en derredor;
 Y al pie de la alta torre que sirve de atalaya,
 Los graves trovadores discurren por la playa
 Cantando en sus estrofas el castellano honor.

Es que los vates pulsan en armonioso coro
 Ante la diosa bella las cítaras de oro,
 Y oyéndolos gorjean las aves del jardín;
 Se acercan por oírlos las brisas rumorosas
 Y sobre el verde tallo empinanse las rosas,
 Mirando á la que inspira su canto al bandolín.

Yo soy de aquella raza de antiguos trovadores
 Que al pie de las ventanas de vidrios de colores
 Contaban á la niñas su pena y su afición;
 Yo soy de aquellos bardos que alzaban sus querellas

Por ver á claros ojos verter lágrimas bellas
 Y suspirar los pechos de su rabel al són.

Yo soy de aquellos hombres de inmensa desventura
 Que de la media noche entre la sombra obscura
 Vagaban por el mundo con paso desigual:
 Buscando fui por eso las fuentes de la idea,
 Por la ciudad hirviente, por la tranquila aldea,
 Hasta que hallé, Señora, vuestra mansión feudal.

Prendida está en sus muros la flor del jaramago,
 En vano noche y día la azota el viento vago:
 Así en vuestra alma crece la flor de la virtud;
 Y si pidiendo amparo, decaíche un arpa suena,
 Encuentran los viajeros, en vos, una alma buena
 Y hogar en vuestra casa que alegra su laúd.

Arroyo es vuestra vida: los límpidos celajes
 Sobre su tersa linfa conviértense en encajes
 Y el junco de la orilla en trémulo festón:
 Es justo que de todos los reinos de las flores
 Acudan en bandada los dulces ruisenores
 A dar al arroyuelo su plácida canción.

Voy á partir, Señora, en pos de mi destino;
 En medio de las sombras que invaden mi camino,
 Será vuestro recuerdo la luz que seguiré,
 Que los diamantes negros que adornan vuestra frente
 Han sido en mis dolores el faro refulgente
 Que me enseñara el rumbo del puerto de la fé.

¡Oh ensueño de querube! ¡Oh mi gentil Señora!
Yo traigo como ofrenda la flor que hay en Bassora,
La flor de la ventura, la flor de la amistad;
Guardadla eternamente como memoria mía,
¡Alondra anunciadora del esperado día!
¡Palmera que triunfante se alzó en mi soledad!

El bardo se retira... Traspone la llanura
Cuyo horizonte verde borró la noche obscura,
Y viendo del castillo el claro resplandor,
Poniéndose de hinojos de nuevo el arpa agita
Y canta de este modo: "¡Bendita sé, bendita
La tierra que guarneces, alójar del amor!"

Adalberto A. Esteva.

ORIENTAL.

El errante trovador
Que cuenta lances de amor,
Narre en plácida querella
La pasión de un ruiñeñor
Por una pálida estrella....

Sueños, ventura ó desgracias
Cante en romances ú odas,
Entre aves, fuentes y acacias,
Y os hable de las *Tres Gracias*
Cuando vos las teneis todas.

Y por rendir vasallaje
A vuestro encanto y hechizo,
Rindiendo pleito homenaje
Al escudero y al paje
Salve el puente levadizo.

Y al pié de la celosía
De vuestra mansión moruna
Déjé correr la poesía,
Cual linfas claras de ría
Que quiebran rayos de luna.

A vuestra estancia dichosa
Llegue la maga orgullosa

Enamorada de vos;
Pues que en vuestro escudo hay dos
Soles en campo de rosa....

Vuestro dominio feudal
Ayasalle corazones
Con encanto sin igual,
Y la leyenda oriental
Encomie vuestros blasones.

Luzca su mejor arreo
El caballero pujante
Para acudir al torneo,
Y en él alcance el trofeo
Que ha de ofreceros galante.

Ostente la vieja almena
Del castillo señorial,
Por preservaros de pena,
Al pie de la cruz triunfal,
La media luna agarena.

Vuestro nombre de mujer
Aprenda el parlero mirlo,
Por el lujo y el placer
De cantarlo y repetirlo
Del alba al amanecer.

En el parque rumoroso
Al hollar vuestra sandalia
El bosquecillo arenoso,
Venza al jacinto orgulloso
Como á la purpúrea dália.

Eso y más los trovadores
Podrán pintaros, Señora,
En cuadros de mil colores,
Entrelazando las flores
Con las perlas de Bassora.

Yo que adivino á la huri,
Como cosa baladí
Os dejo mi nombre sólo,
Que sin ir de polo á polo
Se enaltece estando aquí.

Joaquín Trejo.

TROVA.

Esta es la comarca, é aqueste el castillo;
Mansión encantada de gloria é de amor;
Do á egregios blasones de insigne candillo
Se aduna el aroma de un pecho sencillo,
Aroma el más puro que el aura bebió.

Aqueste es el feudo dichoso que encierra
Hondrosas fasañas que no morirán,
E amores que viven é al mal mueven guerra:
¡Fasañas que fueron asombro á la tierra!
¡Amores que dicen que el cielo es verdad!

El paje afañoso que, á fuer de galante,
Si anuncia que llega bizarro adalid,
O príncipe, ó noble de estirpe brillante,
No esquivá mercedes al hrico errante
Que humilde, si osado, penetra hasta allí.

¡O, alcazar vetusto! do á un tiempo vivieron
Belleza é talento, ventura é poder!
En tí, claros fechos que lauros te dieron,

Los fijos meiores que padres tuvieron,
La dama más noble que el home admiró.

¡O, cármenes bellos! risueño paisaje!
¡Qué aquí los artistas de diestro pincel!....
Mas ¡dónde va el ave que fuye el bosque!
En la alta ventana ya rinde homenaje
Que acata benigna, hermosa mujer.

Fermosa? qué dije? jamás entre bellas
Querub más radiante me plugo mirar:
Qué, ¡acaso son ojos las claras estrellas
Que allí donde dejan las vívidas huellas
Sus rayos de oro, la luz siempre está?

Es rostro ese encanto que envidia la aurora?
Cuna es la más bella de espléndido sol;
En él luz é vida é amor se atesora:
¡El sol de tu alma, garrida señora,
De tu alma serena, sonrisa de Dios!

Non soy de tu feudo, gentil castellana,
Non soy de tu feudo, te admiro magüer;
Si loan tus hechizos á tarde é mañana
Las fuentes, las flores, el ave galana,
¡No habrán de loarte los bardos también?

Adios, grand Señora, se va el bardo errante,
El bardo que dichas halló en te mirar;

Aprémiale el hado, prosigue adelante;
Mas cuitas en vano farán que inconstante
Del pecho ó la mente te borre jamás.

Tú en tanto, o gran dama! dichosa te queda;
Coronas te brindan la gloria, el amor,
Virtud la más alta tu espíritu hospeda:
Virtud! fermosura! Felice quien pueda
Cantar los tus dones con digna canción!

Adios! fasta cuándo? la incierta esperanza
Non dice si á verte quizás tornaré:
Mas sé que al mirarte troqué en bienandanza
Del pecho ferido la gran tribulanza:
Señora! Señora! tal es tu poder!

Enrique

Valencia.

EL ROMERO.

No! paje y buen cantor. Nunca mi planta
Cruzar pudiera el trémulo rastrillo
Del moruno castillo,
En que gozoso estrépito levanta
Gallarda muchedumbre
De damas, caballeros, trovadores,
Que acoge bajo espléndida techumbre,
Insigne castellana
Cuyo heroico linaje,
En bélica fortuna,
La Cruz, triunfante de la Media-Luna,
Enarboló en la Torre de homenaje.

No! La zambra jovial siempre trastorna
El humilde romero
Que, tras luenga jornada, viejo torna,
Y á quien sólo enriquecen
Conchas del Rojo-Mar, purificadas
En las ondas del Lago Tiberiades;
Un bordón arrancado
A los cedros del Líbano sagrado,
Vencedores de rayos y de edades;
Y, bajo tosco sayo, un gran tesoro:

Reliquia, en marco de oro,
 Ante el Santo Sepulcro consagrada;
 Dón postrero de anciano Cenobita
 Al exhalar, en frígida caverna,
 Entre oración bendita
 Y ansias de santo amor el alma tierna.

Pecados de otro amor, joven lozano,
 Impusieronme larga penitencia
 Y torno viejo á la región natia.....
 ¡Ay! cuanto de dolor evitaría
 Quien alcanzara á unir—¡difícil ciencia!—
 Con rubia mocedad cana prudencia!

Siguió al error, cual suele,
 Tardó arrepentimiento..... ¡Inútil lucha!
 Por más que penitencia me consuele,
 Del reproche la voz el alma escucha
 Y del alma á la par el cuerpo duele.

Señora! De tus méritos la fama
 Por el Oriente cunde;
 A tí los tristes llama,
 Y en los pechos difunde
 De tu virtud la consolante flama.
 Por eso á tus umbrales
 Acércase el romero
 Con pasos desiguales;
 De tu doncel-poeta entre las manos,
 Como la sombra ante la luz decrece,
 De su cítara rinde restos yanos,
 Y para tí le ofrece

Del extinto eremita nazareno
 La sagrada reliquia, á cuya falta,
 Bien como en todo adiós, dentro del seno
 El corazón se agita y sobresalta.

Así, noble matrona,
 Al tributo se asocia que te rinden
 Los del alta virtud admiradores.
 La prez de los más diestros rimadores,
 La noble gaya-ciencia mejorando,
 Tus méritos pregona,
 Justiciera en tus sienes colocando
 De esposa y madre la mejor corona.

Yo, cumplido mi voto,
 Morir ansiando en cántabra ribera,
 Arduo viaje presigo
 Hacia el grandioso templo do venera
 El monarca, lo mismo que el mendigo,
 Al santo Apóstol, defensor de Asturias,
 De cuyo albo corcel y roja espada
 Aun tiemblan entre polvo de centurias,
 Los restos de morisma destrozada.
 Tú, insigne trovador, imberbe paje,
 A los pies de esa dama ofrece atento
 Del viejo peregrino el homenaje,
 Acaso del cantor postrer acento!

C. del Collado.

¡Qué pompa, qué esplendor ni qué grandeza
 Vence en valer al delicioso nido
 Del hogar escondido
 Bajo obscuro ramaje
 Que mecen los afectos dulcemente
 Entre modestas flores
 Al dulce murmurar de la corriente
 Al canto de armoniosos ruisñores.

¡Qué canto igualaría
 Al grito, al mimo, al animado juego
 De esa risueña infancia
 Cuya sonrisa besa, cuyos ojos
 Reflejan del arcángel la pureza
 Y ahuyentan con su magia los arroyos?

¡Qué ingenio pintaría
 El beso de la madre que renueva
 En la frente dichosa de los que ama
 De la vida la llama
 Y reverdece á su contacto el día?
 ¡Cómo pintar la vida
 Como en cauce de flores adormida
 Y al través de su linfa transparente
 El alma percibir con gozo ardiente
 De la ventura las arenas de oro?

Esa es tu realidad: en ella impresa
 Como la blanca flor hija del lago
 El cáliz de marfil de tu existencia,
 Joya y encanto del hogar querido;
 Su caricia y su alhago
 Y la estrella inefable de tu creencia,

Y así cual suele tras la selva hermosa
 Encontrar el viajero sorprendido
 El mar sublime y el seguro puerto,
 Mira en tu porvenir, noble señora,
 De la virtud excelsa la grandeza
 Reclinando laureada tu cabeza
 Feliz, en el esposo que te adora.

Guillermo Prieto.

ECOS DE LA SELVA.

Señora, ya á los jardines
De vuestro regio castillo,
Desde remotos confines,
Han venido paladines
Con sus armas de áureo brillo,

Y han venido trovadores
A elevar vuestros loores,
Exhalando en dulce coro
Sus cantos arrulladores
Al són de sus liras de oro.

¡Ante vos he de venir
Si no he sido, en mi dolor
Paladín ni trovador,
Yo que ignoro el buen decir
Y perdí mi última flor!

Desolado peregrino
Crucé candentes arenas,
Y me ha brindado el destino,
Tras la zarza del camino,
La hiel de todas las penas.

Yo vengo de las cabañas
Perdidas entre pinares,
Y sé las notas extrañas
Del eco de las montañas
Y el murmullo de los mares.

Yo vengo de aquella Sierra,
De abruptos perfiles rojos,
En donde olímpica guerra
Llenó de sangre la tierra
Y de lágrimas los ojos.

Yo vivo lejos, muy lejos,
Y, empero, á mi soledad,
—Que os lo diga, perdonad—
Han llegado los reflejos
De vuestra gentil beldad.

Dispensad si en mi osadía
Alzo un canto que reviste
Forma severa y bravía;
Sólo sé la poesía
De lo inmensamente triste.

Otros, con frase hechicera,
Os han celebrado más;
Pero mi voz, aunque austera,
Es cariñosa y sincera:
Yo no he mentido jamás.

¡Que os deje siempre el Señor,
En celestes regocijos,
Vivir, ajena al dolor,
En ese mundo de amor
Del esposo y de los hijos!

¡Que á vuestra alma luminosa
No llegue la pena airada!
¡Por qué no ha de ser dichosa
Quien como vos es hermosa,
Quien como vos es amada?

En vez de historias extrañas,
De duelos y de pesares,
Os dejo en estos cantares
Un eco de mis montañas
Y un murmullo de mis mares.

Ya que he rendido ante vos
Rudo y sencillo homenaje,
De mis ensueños en pos
Emprendo otra vez el viaje....
¡Señora, que os guarde Dios!

Antonio Zaragoza.

LEYENDA.

Yo no he visto los castillos
Que el señor feudal recorre,
Ni la renegrida torre
De la cautiva con grillos;
No he pasado los rastrillos
Que son defensa del puente,
Ni he visto al guarda insolente,
Con su penacho de acero,
Ni á aquél orgulloso arquero
Que está del muro pendiente.

No he asistido á la batalla
Donde el arma blanca juega,
Ni he visto aquella refriega
Adonde el valor estalla,
Ni he visto romper la malla
Tras la cual el pecho late;
No hay acero que no mate
En aquella lid sangrienta,
Donde su grandeza ostenta
El romántico combate.

Yo no he visto los arreos
De la enaltecida dama,
Ni la sangre que derrama
El juego de los torneos,
Ni á los grandes corifeos
A quien el valor levanta,
Ni aquella lucha que espanta
Entre el aguijón que asedia:
Nada sé de la Edad Media
Que hoy mi plectro osado canta.

Pero allá en sueños he oído,
Bajo el escudo ducal,
El triste canto feudal
De un trovador mal querido;
Melancólico quejido
Deshecho en una canción
Al sonar la vibración
De un ritmo dulce, ó arpegio
Bajo del castillo regio
En donde brilla un blasón.

Así la canción decía
Que de aquél laúd brotaba,
Y que el viento arrebatava
Y á lo lejos repetía:
"—¡Qué dulce al morir el día
"Ver descender la persiana,
"Y mirar cómo engalana

"El cielo tu frente pura;
"Resplandecer tu hermosura
"Como astro de la mañana.

"Tú la de los lindos ojos,
"De purísimos destellos,
"La de los negros cabellos
"Que prenden claveles rojos,
"La de los dulces sonrojos,
"La de cuello de paloma,
"La del aliento de aroma
"Que darte el ambiente quiso
"Como ángel del Paraíso
"O una mujer de Mahoma.

"Eres, huyendo al ruido,
"Bajo el azul de los cielos
"El ave con los polluelos
"Que está calentando el nido:
"Allí no llega el mugido
"Del ronco mar cuando azota
"Sobre de la piedra rota,
"Del muro que guarda avaro
"Aquél tesoro tan caro
"Do la virtud no se agota.

"Queda—¡Adiós,—beldad cristiana,
"Cual tu castillo feudal
"Que no hiere el vendabal
"Ni deja marca profana;

"El fulgor de la mañana
"Posa en tu frente sus huellas,
"Y en la noche las estrellas
"Tu hermosa frente coronan,
"Y parece que pregonan
"Que eres bella entre las bellas.

"Guarte Dios en ese asilo,
"Fresco nido de azucenas,
"Donde no hay llanto ni penas
"Para tu pecho tranquilo:
"Brame como el ronco Nilo
"Allá el mundo en sus tormentos
"Que tú la virtud alientas,
"En tí la virtud se posa,
"Y tú de madre y esposa
"La altiva corona ostentas."—

Perdióse el canto sencillo
Allá en la extensión desierta
Y el grave grito de—"Alerta!"
Le sonó allá en el castillo;
Cayó un ramo de tomillo
Sobre el laúd lastimero
Muestra de afecto sincero
A la inspiración galana;
Corrióse aquella persiana
Y echó á andar el cancionero.

Juan A. Mateos.

LA LIRA.

Cabe la feudal ventana
Quiere el viejo trovador,
Alzar un canto en loor
De la noble castellana:

Que ventura al caballero
Da, con afanes prolijos:
Que escudo forma á sus hijos
Con el amor más sincero.

Quiere darle en su laúd
Cantiga que al mundo asombre,
Honra de su egregio nombre,
Heraldo de su virtud.

Mas... en la regia mansión,
El osado pensamiento
Sus alas pliega: el aliento
Desfallece de emoción.

Y en vez de brillantes notas
Que su respeto le inspira,
A sus pies pone la lira,
Dejando sus cuerdas rotas.

J. P. de los Ríos.

ANTE EL PUENTE.

Del mundo en el ruidoso laberinto
de castillos y justas y salones,
el clarín, los aplausos y canciones
resuenan sin cesar.

Mas ay! el triste que en rincón obscuro
lejos del mundo en soledad vejeta,
apenas del heraldo y del poeta
puede el eco escuchar.

Cerrada está la liza á mis deseos,
ni cigarra, ni mote ornan mi escudo,
y el eco de mi estancia duerme mudo
sin voz que remedar.

Que en el juego floral ya no hay escaño
para el anciano trovador que un día,
al pie de un muro suspirar solía:
"Cantar, sufrir, amar."

Hoy, cuando á el alba entre el alado coro
que su himno entona en tu vergel florido,
de zenzotle cantor suene un gemido,
como el ay! de un laúd.

Seré yo, que en las zarzas de mi ruta
colgando el arpa, á mi destierro sigo....
Veo el puente, me descubro, paso y digo:
"Castellana, salud."

L. G. Ortiz.

DURANTE EL CREPÚSCULO.

I

Aun del alto baleón, la luz discreta
En hilos de oro pálido caía,
Y aun la canción del último poeta
Temblaba en la marmórea galería.

Dudé; temí.... confuso y vacilante
Detuve en el umbral la incierta planta,
Y un dulce acento murmuró: "adelante!"
Y una voz juvenil me dijo: "canta!"

Entonces penetré: cobarde y mudo
Clavé en el fondo del salón los ojos,
Y ví brillar el esmaltado escudo
Bajo un dosel de cortinajes rojos,

II

Y la miré.... Sobre el sitial obscuro
Su inmaculada faz resplandecía,
Y se bañaba el tapizado muro
En la azul claridad que la envolvía.

Hermosa aparición!.... Doblé la frente,
Pulsé el laúd y medité un momento....
Y empecé á desatar tímidamente
El ala entumecida al pensamiento.

Canté: "Yo soy el nuncio de la pena;
Vengo de las comarcas del olvido,
Y, bardo errante, mi palabra suena
Con algo de sollozo comprimido.

Señora mía, ya, fragantes flores,
Los caballeros á tus pies regaron;
Ya en el rojo escabel los trovadores
Para verte y cantar se arrodillaron.

Hizo surgir tu mágica belleza
Raudales de armonía á los laudes,
Y ciñe, como un nimbo, tu cabeza
El fulgor celestial de las virtudes.

El áureo manto de tus hombros rueda
En blandos pliegues por la rica falda
Hasta el chapín que bajo el brial de seda
Despide sus destellos de esmeralda....

¡Conserve Dios tu vida y tu abolengo!
Yo me alejo de aquí... noble señora;
Que soy el nuncio del dolor, y vengo
Del lejano país donde se llora!

Morir debieran en el aire, mudas,
Las pobres notas que mi lira arranca
Yo sólo sé cantar amargas dudas,
Y trovas tristes á mi musa blanca!....

III

Después.... colgué el laúd, la vi un instante,
Hollé mi planta la tupida alfombra,
Y tímido, confuso, vacilante,
Dejé el salón y me perdí en la sombra!

Luis G. Urbina.

JUNTO AL MURO

Ah del castillo!.... cabe el alto muro
vengo á entonar mi plañidera trova;
ya del alba de oro el fulgor puro
llega tímidamente hasta la alcoba.

Que anuncie el atalaya mi llegada,
mas no bajeis el puente levadizo;
que mi pié no profane la morada
que guarda tanto incomparable hechizo.

No del salón los ricos artesones,
para que ufano su canción levante,
de su laúd á los tremantes sonos,
ha menester el trovador errante.

¡Qué mejor artesón que en el espacio,
el sol que lo arrebola en las mañanas!....
cante el bardo en el bosque, su palacio;
en medio de las aves, sus hermanas!

Pero lleve también su canto,—ofrenda
de admiración humilde y respetuosa—

de la hermosura fulgurante esplenda,
donde fulgure la virtud hermosa.

Que ambas ciñen—ha dichome la fama—
con corona inmortal, nunca marchita,
la augusta frente de la noble dama
que en el silencio de este hogar habita.

Por eso vengo al pié del almenado
muro, á traer mis rítmicas canciones,
yo que tan sólo amores he cantado
ó proezas de bravos campeones.

En vano en su modesta se encastilla
quien honra y enaltece su linaje;
¿quién, Señora, ante vos no se arrodilla
y no os viene á rendir pleito homenaje?

Canta en vuestro loor el viejo bardo,
y, perseguido por su musa terca
llega, con paso trabajoso y tarde,
y hasta el dintel de vuestro hogar se acerca.

Los jóvenes y ardientes trovadores
llegan también: las cántigas que entonan
guirnalda son de inmarcesibles flores,
que vuestra frente ciñen y coronan.

Aqueste, ser siquiera vuestro paje
y anhela abrir la gótica ventana
para que entre en espléndido oleaje,
el dorado fulgor de la mañana;

Aqué!,—cual los feudales luchadores—
tiene el heroico y único deseo,

Señora, de llevar vuestros colores,
y luchar, y vencer en el torneo;

Esotro, poner quiere á vuestra planta
todas las rosas del Abril tesoro;
perlas, para adornar vuestra garganta;
para adornar vuestros salones, oro.

Yo inerme estoy; en el peligro rudo,
soy bardo-caballero que desdeña
férrea coraza y protector escudo,
y en el combate desigual se empeña.

Nada soy, nada tengo, en vano aspiro
á ofreceros magnífico presente,
digno de voz: la púrpura de Tiro,
de Ofir el oro, perlas del Oriente.

En el afán de la existencia brego
y sólo traigo el polvo de la lucha;
pero tras del azul hay quien el ruego
de errante trovador clemente escucha,

El—que siempre á los buenos satisfizo
en su bondad inmensa y soberana,—
os haga tan dichosa cuanto os hizo
hermosa y buena ¡oh noble castellana!

Manuel Puga y Acal.

Al calor del hogar.

¡Yo no canto castillos con aventuras
ni conozco donceles con armaduras!
Son temas para bardos de tierra extraña.
¡Me conforman las selvas nuevas y puras
que sin castillos tiene la Nueva España!

Antaño, en la callada noche sombría,
Cantaban con profunda melancolía
los del amor heraldos y paladines,
y prestaba hospedaje la celosía
al eco de sus guzlas y mandolines.

Esos heraldos fueron los trovadores:
peregrinos sin rumbo, de los amores;
esmaltan la Edad Media sus tristes huellas
en la que son sus quejas y sus dolores
orgullo y regocijo de las doncellas.

Cerca de la poterna, bajo el almete,
al pie de los áleros del minarete,
burlando los escudos en la oriflama,
dijéronles mil veces: "no cantes, vete,
el puñal de mi dueño sangre reclama."

Y el trovador cantando dulces canciones
movió en los ballesteros los corazones,
y del peligro horrible saliendo ileso
huyó sin ver el fausto de los salones
ni recoger en premio furtivo beso.

Ya no existen aquellos, tristes poetas
que en los feudos buscaban citas secretas;
los de un Rey, una Dama y un Dios eterno....
hoy es otro el estilo y otras las metas,
amor, gloria, esperanza..... ¡todo es moderno!

Hoy decimos: "es oro lo que oró vale"
y la virtud es astro que sobresale;
¡la virtud toda gracias, toda noblezas!
¡la virtud que no hay joya que se le iguale
por ser la más preciada de las riquezas!

Yo, trovador sin guzla ni pompa vana,
ave de las que pueblan la selva indiana,
a tí, de mil virtudes hospedadora,
no en minarete ojivo, ni alta ventana,
sino en tu hogar tranquilo, canto, Señora.

Yo no busco el portillo ni los cerrojos
que en ciudades moriscas daban enojos,
tu casa, de la dicha guarda raudales
y el zaguán de esa casa vale á mis ojos
más que el portón herrado de los feudales.

Yo sé que sólo estimas por regocijos
tener sobre esa casa tus ojos fijos,

velar todas sus horas con santo empeño,
siendo un ángel de guarda para tus hijos
como eres una diosa para tu dueño.

Yo no sé si es de raso tu rico traje,
ni si en aurea carroza te espera el paje,
yo sé que tu amor santo te da la calma;
que tu hogar es un cielo cuyo celaje
es la virtud que encierras dentro del alma.

Sé que tú eres la madre más amorosa,
la perfecta cristiana, la dulce esposa
que con blandas ternuras da fé y aliento;
¡Cómo quieren que cante tu faz hermosa
si más hermoso tienes el pensamiento!

Dios te dé larga vida, bella Señora,
para bien de los hijos que tu alma adora;
que llegues á mirarlos peinando canas
y que puedan entonces ¡ay! como ahora
sentir tu casto beso por las mañanas.

Juan de Dios Pesa.

VIOLETAS.

—Paje que estás á la puerta
de este castillo soberbio
corre y dile á tu Señora
que vino aquí de muy lejos
un peregrino, un poeta,
á quien allá le dijeron
que era más bella que Juno,
la diosa que canta Homero.

Dí á tu Señora, buen paje,
que á su alcázar no penetro
porque sé que la celebran
con sus himnos y sus versos,
mil galantes trovadores
señalados por su ingenio,
aclamados por las damas
arrogantes caballeros.
Poetas que entre sus manos
sostienen dorados plectros,
á los que arrancan canciones

que al mismo Apolo aprendieron.
Poetas con los que nunca
en atrevido torneo
entrara este bardo errante,
tan triste cuanto modesto.

—Dí también á tu Señora
que la traje de tan lejos
lo que ví,—de cuanto tienen
mis jardines de más bello;—
este ramo de violetas,
que es la flor que yo más quiero.

—Pon á sus piés mi presente,
y dila que el caballero
al dejar este castillo
que pisara con respeto,
los ojos volvió de pronto
al azul del firmamento,
murmurando estas palabras
que tomaste por mi ruego:
Tiene hijos: que la idolatren
con el amor más inmenso;
tiene esposo: que la adore;
¡Hazla feliz, Dios del cielo!

Ricardo Domínguez.

ULTIMA NOTA.

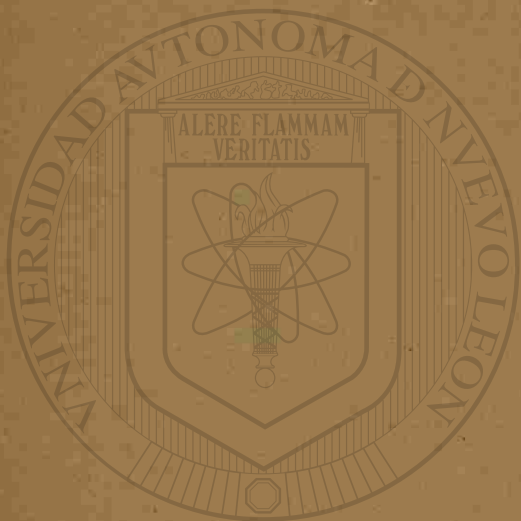
En este libro que mi nombre cierra
la musa os dice con devoto anhelo
las palabras más dulces de la tierra
transcritas en la música del cielo;

Juntas dicha y virtud en vos admira,
y cual un talismán contra los males,
os presenta en las cuerdas de la lira
su corona de flores inmortales.

La pura inspiración que ella resume,
desde ahora su luz une y su incienso,
del alma vuestra al místico perfume,
de vuestros ojos al fulgor inmenso;

Mas será superior en toda hora,
á sus cantos de eterna melodía,
de vuestra vida y vuestro hogar, Señora,
la austera y silenciosa poesía.

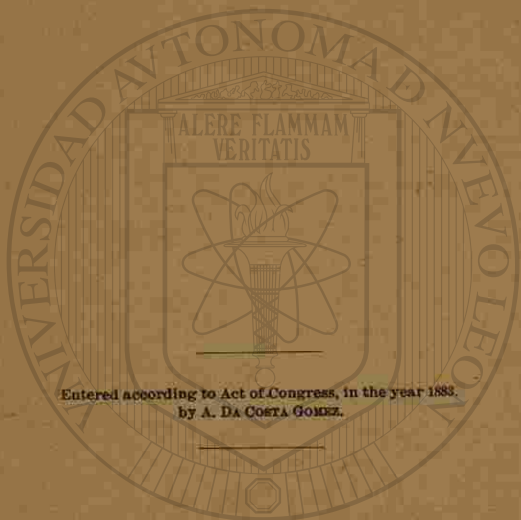
Justo Sierra.



U A N L
E C O S.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ECOS

DE

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

A. DA COSTA GOMEZ,
EDITOR.

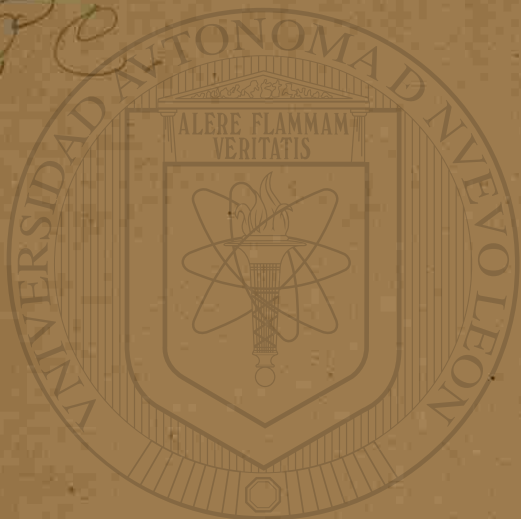
NUEVA YORK,

1883.



1861

P. C.



UNA PALABRA.

No muy versado en achaques de Literatura Hispano-americana debe de ser el que ignore el nombre del autor de este libro.

JOSÉ PEON Y CONTRERAS ha mucho tiempo que traspuso con su talento los confines de Méjico, su patria afortunada.

Y cuenta que es la patria de Nezahualcóyotl, patria de bardos ilustres y de genios deslumbrantes que fueran honra y orgullo de cualquier Parnaso y de cualquier Olimpo.

Ya otra vez hemos tenido ocasión de hablar de nuestro autor, cuando por casualidad inesperada nos cupo la honra de estampar humilde portada al frente de su hermoso drama *Impulsos del Corazón*.

Citamos é hicimos entonces especial mención de algunas de sus obras, tanto líricas como dramáticas; de algunas nada más, que hacerlo de todas fuera temeraria empresa, tal es su número y tal la asombrosa y al parecer infinita fecundidad de su ingenio.

Como dramaturgo es PEON Y CONTRERAS el Lope de su patria, y como su glorioso progenitor intelectual puede serenamente decir de sus dramas que

....." más de cien en horas veinticuatro
Pasaron de sus musas al teatro."

Como poeta lírico, ¿quién que se precie de haber seguido con amor los progresos de las letras castellanas en nuestra América no conoce, (si no de lectura, por lo ménos de oídas), sus brillantes *Odas Patrióticas* y sus arrebatadores *Cantos Nacionales*, sus *Trovas Colombinas* y sus *Romances históricos y dramáticos*, cada uno de los cuales encierra material suficiente pa-

ra un drama conmovedor ó una novela interesantísima?

Pero la inspiración protéica de PEON no se conforma con esta ó aquella forma determinada, por muchas y ricas que sean las coronas dentro de ellas alcanzadas; necesita abarcarlas todas, repasarlas todas, exprimirlas todas; y así se le ve campear en todos los géneros y manejarlos todos con igual gallardía, desde el didáctico hasta el imaginativo.

Tan pronto empuña la trompa de Píndaro como sopla blandamente en la avena de Virgilio.

En las alturas del Teatro tan íntimas relaciones lleva con Melpómene como con Talía, y de coro se sabe el camino que conduce desde la comedia de costumbres al drama histórico.

Lo mismo puede decirse de sus versos, que con idéntica facilidad le brotan de la lira ó del arpa, de la cornamusa ó del laud: la oda y el himno, la elegía y el idilio, el poema y la

trova le aletean en el cerebro y le retozan en los labios.

Sólo un género,—un género nuevo, más que por la concepción del sentimiento, por su modo de expresión,—le faltaba por ensayar; el género sombrío y penetrante, sollozador y desnudo, y, por sobre todo, profundamente subjetivo, que pudiéramos llamar hijo de amor de este nuestro siglo de dudas tristes y de doloroso escepticismo: el mismo que, apenas nacido, fue á ofrecerse espontáneo á la inspiración de Enrique Heine en Alemania, y luego á la de Gustavo Becquer en España.

No conocía, ó por lo ménos no había ensayado aún este género PEON Y CONTRERAS; pero un día el teutón y el latino llamaron á su puerta, y los Ecos se despertaron en el cerebro del yucateco; y ceñidos de galas tropicales, alados y luminosos, vinieron á mí para que los lanzase al mundo y á la luz.

Tal es el libro para el cual se escriben estas líneas.

Gritos de dolor, suspiros apasionados, ayes del corazón eternamente hambriento de amor y eternamente martirizado en tantálico suplicio, con el premio siempre cerca y siempre lejos.

Aspiraciones indefinidas é irreales, sueños vagos de venturas desconocidas, y al propio tiempo como recordadas allá entre la niebla misteriosa de un pasado anterior á todos nuestros recuerdos, anterior á la misma existencia mundana.

En una palabra: ideales inaccesibles de poeta, personificados en una mujer soñada, sólo tangible y viva en la mente del bardo; creación augusta de su cerebro divino, y luego animada por un soplo de su alma, y amada hasta el delirio con toda la magia de los sueños y con todos los sueños de la poesía.

Esa mujer eterna, ese "eterno fe-

menino que nos atrae hácia el cielo” de que nos habla Goethe en su inmortal epopeya, y que bajo tantos nombres se halla inscrita en el libro místico y sagrado de los grandes ideales: Belleza, Amor, Consuelo, Dicha, Fé, Esperanza, Gloria, Inmortalidad. . . . !

Eso dicen los “Ecos” de José Peon y Contreras. Juzgue ahora el lector cuánta hermosura no entrañarán !

¿ Y los defectos ? se nos preguntará: —¿ será posible que no los haya en este libro ?

Podrá haberlos, —que no hay obra humana exenta de ellos, —pero quede allá para otros la ingratisima tarea de encontrarlos.

Sirvan, pues, estas líneas únicamente para patentizar nuestro eterno amor á lo bello, nuestro cariño fraternal al ilustre poeta, y nuestras más cordiales simpatías á la hermosa tierra mejicana, madre de tanto ingenio y cuna de tantas glorias !

Y vosotros ¡ oh Ecos melodiosos del cantor de Anahuac, que á mí vinisteis para que al mundo y á la fama os diese ! Id por todos los ámbitos de la patria á resonar dulcemente de alma en alma y á despertar en todos los corazones un sentimiento de amor, un latido de esperanza y una aspiración inmortal !

J. A. PEREZ BONALDE.

New York, Agosto 10 de 1888.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EGOS.

Mercedes de la Musa,
Favores del ingenio,
De la fama en los labios
Y en la fábula del verso,
De las edades otras
A la nuestra truxeron,
Donaires de los hombres!
Historias de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

I.

Favores de mi musa
Son estos pensamientos,
Que encierran en mi alma
La forma de lo bello.
Sus gérmenes benditos,
Ocultos largo tiempo,
Vivieron en las sombras
Profundas del misterio.
Y acaso sin sentirlo,
Y acaso sin saberlo,
Cadencias en las notas
De un arpa que yo tengo,
Sonidos en mis cantos,
Ideas en mis versos,
Confusas armonías,
Y aroma en mis recuerdos,

Amor en mis canciones,
Baladas en mis sueños,
Brotaron á raudales
Del fondo de mi pecho.
Hoy fáciles germinan,
En flores desenvueltos,
Al rayo poderoso
Y ardiente de un sol bello.
Bebieron sus raíces
La sávia de un sendero
Que riegan á torrentes
Las lágrimas que vierto.
¡Ay, quiera Dios encuentren
Alivio mis tormentos,
Cantando mis dolores
Del mundo en el desierto!

II.

Tal vez no existes: acaso
Eres la imagen de un sueño,
Que deleitó mis sentidos,
Y embargó mi pensamiento.
Mas ha de ser realidad
Aquel hermoso embeleso,
Pues como te ví, dormido,
Te estoy mirando despierto.
Tal me parece que escucho
A todas horas tu acento;

Que se refleja en mis ojos
La luz de tus ojos negros;
Que en la palidez marmórea
De tu semblante hechicero,
Sus alas de oro y de nieve
Posa mi espíritu inquieto;
Que cerca del pecho mío
Siento el latir de tu pecho;
Que me quemas con tus labios,
Que me abrasas con tu aliento!
Y te palpo y no te toco,
Y te busco y no te encuentro;
Y me enloquece tu sombra,
Y me embriaga tu recuerdo!
Y así, sin saber lo que eres,
Harto sé que eres mi dueño,
Que te llevas mis dolores
En las lágrimas que vierto;
Que flotando en el espacio
Como una vision te veo,
Entre tu alma y mi alma,
Entre la tierra y el cielo!

III.

No sabes que te quiero; nadie sabe
Que te idolatro yo, dulce bien mío,
Porque no tienen frases las sonrisas,
Porque no tienen lengua los suspiros!!

IV.

Cuando al ardiente hechizo
De tu hermosura pálida,
Buscaba como tantos
Tu risa y tu mirada,
¿A quién, dí, sonreías,
Aterradora estatua?
¿A quién estabas viendo
Cuando á nadie mirabas?

V.

Tú tienes tus flores,
Tú tienes tus galas;
Tienes el halago
De la paz del alma.
Tienes el perfume
Que aroma las auras;
La dulce armonía
Del ave que canta;
La luz apacible
De alegre mañana;
La sombra y el sueño
De noche callada.
Tienes hermosura,
Juventud y gracia;
Tienes el ingenio
Que á tantos les falta;

Tienes ilusiones,
Tienes esperanzas
Yo, bien de mi vida,
Sólo tengo lágrimas!

VI.

En mares hondos
Mueren los ríos;
Ruedan las cumbres
A los abismos;
Cae en las playas
El blanco lirio;
Tórnanse polvo
Los edificios
Si todo es, niña,
Muerte y olvido,
¿No han de salvarse
Tu amor y el mío?

VII.

No sé que ví una vez en tu pupila
Más negra y soñadora que otras veces;
Algo de indefinido y misterioso,
Algo como la luz cuando amanece.
Te ví un libro en las manos aquel libro
Encerraba un poema de desdenes,

El malestar, la abrumadora angustia
De un corazón que desgarrado muere ;
El génio herido que al mostrar su herida
Con el dardo heridor tambien nos hiere ;
Un tesoro de lágrimas y dudas,
¡ El alma inmensa de Gustavo Becquer !

VIII.

Errantes, leves brisas
Que arrebatáis los ayes
Del alma aprisionada
En su sombría cárcel,
Llegad hasta su lecho
En que dormida yace,
Como en la blanca espuma
Del mar azul, la náyade.
Traedme de sus ojos
El beleño sùave,
La almíbar con que endulza
Su labio de corales ;
Traedme... —pero en vano !
Si he de pedir en balde !... —
De amor un pensamiento
Que mis angustias calme ;
Traedme su alma, el alma
Que la transforma en ángel...
O no me traigais nada,
Leves brisas errantes !



Hay tan dulces ruseñores
Cantando en la selva umbria.
Tan misteriosas cadencias,
Tan extrañas armonías,

Que no ha de poder, acaso,

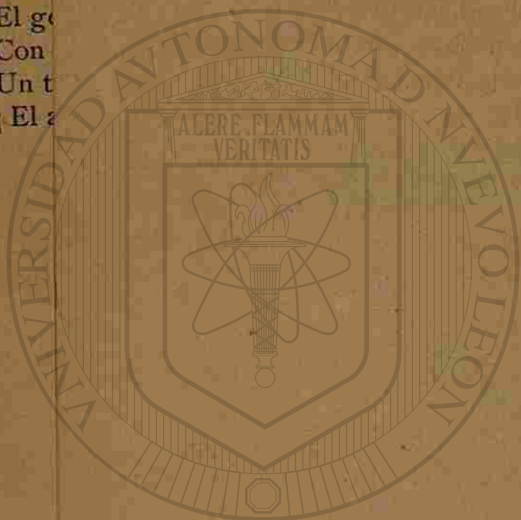
Mi pobre acento, alma mia,

Herir con sus notas tu pecho sensible,

Cuando triste llores, cuando alegre rias,



El m
De u
El go
Con
Un t
¡El a



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IX.

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,
Tu dulce sonreír;
Cuando me acuerdo de tu frente pálida,
De tu talle gentil;
Cuando suspiro por las horas rápidas
Que huyeron junto á tí;
El llanto surca mis mejillas áridas
Y me siento feliz
¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,
¿Que será de mí?

X.

Un inmenso placer sentí en el alma
Cuando te contemplé la vez primera;
Y mientras más me alejo de aquel goce,
Es mayor mi tristeza . . . !

Es que al llegar al puerto con mi nave
Bañaba el sol naciente la ribera;
Es que me hice á la mar, que entró la noche,
Y navego perdido en las tinieblas!

XI.

Yo te soñé de niño,
Y te soñé de grande;
Soñé de tu belleza
Los rasgos celestiales;

De tu mirada pura
La luz incomparable,
Y de tu ardiente labio
La seductora frase.....
Pero soñar no pude,
Valiendo lo que vales,
Que yo lograra un día
Vencerme y olvidarte!

XII.

Te podrán ocultar de mis miradas,
Esconderte muy lejos;
Poner entre los dos como barrera
La eternidad del tiempo....
Pero nadie podrá, porque es muy mía
Y á nadie se la debo,
Arrebatat tu imagen adorada
Del fondo de mi pecho!

XIII.

En alta mar mil veces he mirado
Huir de mí las olas plateadas,
Y las unas llegar tras de las otras,
Y, pasando, perderse en lontananza.
¿Dónde irán á parar, dónde, Dios mío?
¿A qué remota y solitaria playa?
¿Dónde irán á morir mis ilusiones?
¿Dónde irán á morir mis esperanzas?

XIV.

De las horas de tedio y amargura
De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,
Como guardan las flores el perfume
De su marchito cáliz en el seno.
Ví una hermosa doncella que dormía,
Envuelta en azahar, su último sueño,
Con los ojos sin luz entrecerrados,
Con los lívidos labios entreabiertos!
Como la noche cae, así caía,
Ondulando al bajar, su pelo negro,
Desde el marfil de su amarilla frente,
Hasta el marfil de su delgado cuello.
—¿De qué murió?—De amor, me contestaron.
—¿De amor?—exclamé yo—pues no lo entiendo...
Y se pasaron luego muchos años
Y yo nunca acababa de entenderlo!
¿Porqué no habré perdido la memoria?
¿Porqué no habré perdido el sentimiento?
¿Porqué cuando tu amor me vuelve loco
Se aparece la muerta en mi cerebro?

XV.

En los vivos rayos
Del astro de fuego,
Tu imagen me guía,
Y perdido vengo....

En las frías, tristes
Veladas de invierno,
Invisible llama,
Me quema tu aliento.
Cuando ya al dormirme
Me despierta un beso,
Siento que me tocas,
Y yo no te siento
Yo escribo, y la letra
De mis versos leo ;
Y yo no te miro,
¡ Y estás en mis versos !

XVI.

De la feroz envidia el áspid negro
Jamás pudo abrigar el alma mía
Mas si llego á saber que amas á alguno
Me matará la envidia !

XVII.

Perdona si una frase
De este amor insensato,
Herir logró importuna
Tu corazón, á mi desdicha extraño
Es que rebosa á veces
El dolor en el pecho infortunado ;
Y sin sentirlo, el alma
Se escapa en una frase por los labios !

XVIII.

Yo me tuve la culpa ahora que lloro,
Comprendo que fuí nécio
Lo que juzgaba amor, nada mas era
El hermoso fantasma de un ensueño ?
¡ Iluminó el albor de eterno día,
La amarga realidad ¡ y no hay remedio !
Cuando me convencieron tus desdenes,
Ya el mal estaba hecho !

XIX.

¡ Ocúltate ya, sol ! . . . quiero la noche
Como la noche eterna de mi alma,
Sin una sola estrella en el espacio,
Tenebrosa y callada !
Encerrarme despues en mi aposento,
Abrirle á las tinieblas mi ventana,
Mirar y no ver nada, y luego á tientas
Acostarme en la hamaca.
Allí quedarme inmóvil, silencioso . . .
Dejar que corran sin temor mis lágrimas
Y meditar en su hermosura angélica,
Y en mi loca esperanza !
Despues en la memoria componerle
Romances y armonías y plegarias ;
Y forjar ilusiones y perderlas . . .
Después de acariciarlas !

Y después, cuando el sueño me aletargue
Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,
¡ Con la hechicera luz de aquellos ojos
Iluminar el interior de mi alma!

XX.

—“¿ Los versos?... ¿ de qué valen;
Ni quién se ocupa en ellos?...
Los versos sirven sólo...
Para perder el tiempo.”—
¡ Desventuradas gentes,
Y pobres de mis versos,
Si yo ignorara, hermosa,
Que tú no dices eso....
Si no supiera acaso,
Que es tu alma pura un cielo,
Luceros tus ideas,
Y un sol tu pensamiento!

XXI.

Noches sin nombre, aterradoras noches
Que sois imagen del castigo eterno,
¿ Porqué tan largas sois, si sois tan negras?
¿ Porqué tan negras sois, si os aborrezco?
Nada traen las brisas en sus alas,
No me traen perfumes en sus besos,
Ni lágrimas de amor en sus gemidos,
Ni un himno de esperanza en sus acentos!

La lira que me dió mi desventura
Desconoce mi mano, y de mis dedos
Huyen las cuerdas que juntaron ántes
Sus alegres sonidos á mis versos!

XXII.

Eres tú mi ideal... por luengos años
Te buscaron mis ojos;
Y creí que con solo conocerte
Sería venturoso.
Ay! y te miro al fin... al fin te veo!
Y me encuentro tan solo,
Que me hace falta ya la compañía
De aquel pesar tan hondo!
Aquel pesar vivía de esperanzas:
Ya el imposible es otro!
Si ya no espero nada, ya comprendes
Que lo he perdido todo!

XXIII.

En el fondo negro
De tu cabellera,
Lucientes y puras
Como dos estrellas,
Contemplé turbado
De amor y sorpresa,
Brillar una noche
Tus pupilas negras!

En el cielo negro
Como son mis penas,
Veía una noche
Lucir las estrellas :
¡ Qué léjos brillaban
Entre las tinieblas !
Y en su inmenso campo
Buscaba dos de ellas :
¡ Misero ! buscaba,
Calmando mis penas,
En el cielo negro
Tus pupilas negras !

XXIV.

Me cuentan de un niño
De blondo cabello,
Con ojos muy vivos,
Con labios muy frescos.
Me dicen que anoche
Cayó, como el tierno
Botón de una rosa,
Rodando en el suelo.
Me dicen que aún tiene
Los ojos abiertos ;
Que nadie al mirarlo
Diría que ha muerto. . .

Me puse al oírlo
La mano en el pecho,
Como si sintiera
Un presentimiento. . .
Mañana ¡ qué triste
Pasará el entierro !

XXV.

Si después que yo muera, amada mía,
El alma te remuerde
De los dolores que sufrir me hiciste,
No será tarde aún, si te arrepientes.
Llega á la losa de mi tumba, llama,
Y pregunta, si quieres,
Pregunta si te amo todavía,
Y no dudes, mi bien, de que conteste!

XXVI.

Inmóvil la miré, mientras la ola
Coronada de espumas y ligera,
Como el amor, humilde, acariciaba
Sus blancos piés, más blancos que la arena,

Mientras que los perfiles de su rostro,
Los rayos de la luna y las tinieblas
Trazaban á porfía, bosquejando
Ante mis ojos su inmortal belleza !

Se escapaba un suspiro de sus labios,
Eco de otros suspiros, y que apenas
El sepulcral silencio perturbaba
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,
Como los ojos de la estatua griega,
Reflejar con la gloria de los siglos
Cien siglos de amargura y de tristeza!

Ay! aquella muger, ángel ó nada,
Creación de mi delirio y de mis penas,
Esperaba la muerte, mística y sola,
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;
Y en el abismo de su alma pura
Guardaba de su amor la imagen bella!

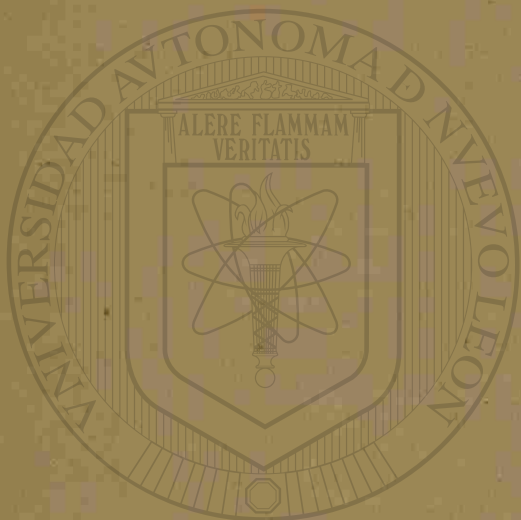
Abismo igual al del sepulcro, abarca
Todo un mundo las dudas, las ternezas,
Los gemidos, las súplicas y el barro
Que le sirvió de cárcel á su presa!

¡Pobre muger! pensaba yo dormido;
Ella de amor se morirá, y aquella
Por quien yo moriré, tal vez sonríe
¡Feliz bardo francés!... ¡pobre Graziella!

Hay una primavera donde siempre
Brillan las hojas bajo el cielo azul;
¡El sueño de mi vida! Y la más bella
De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza
Envolverme en su lóbrego capuz;
Flores trae también; pero esas flores
Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma
Luchando espiras entre sombra y luz,
Tiempo hace ya que con su blanca mano
Me está diciendo adiós la juventud!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XXVII.

Yo conozco unos labios que no tienen
En justicia, perdon,
Porque en su estuche de coral encierran
La almíbar del amor
Ni una gota siquiera, ni una gota
Al pobre corazon
¡ Si á lo ménos me dieran la esperanza
Que tanto soñé yo !

Yo conozco unos ojos que no tienen
En justicia, perdon;
Porque al herir el alma los esconde
El párpado traidor
Porque dejan la noche en el espíritu,
La noche del dolor
¡ Si á lo ménos tus ojos se escondieran
Como se esconde el sol !

XXVIII.

No quiero el aplauso
Del mundo que aturde;
Son muchas las flores,
Es mucho el perfume.
No quiero que un rayo
Del sol me salude,
Que al fin me anonade,
Que al fin me deslumbre.

Con una corona
De flores azules,
Con una caricia
De tus ojos dulces;
Con una palabra
Que yo sólo escuche,
Me basta con eso;
Que eso me seduce
Más que los aplausos
Del mundo, que aturden!

XXIX.

Todas me ven igual; pero en ninguna
Miré el rayo que arde en tu pupila....
Tu mirada es amor... es que no puedo
Con otra confundirla!

Con todas me sonrío, porque nadie
Cuando te ría, extrañe mi sonrisa;
Mas tú distinguirás la una de la otra,
Si me amas algún día!

XXX.

Imagínate un sol de invierno, apenas
Su luz filtrando en la morena bruma;
Debajo del follaje más sombrío,
Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pié de unos bambúes casi negros
Un humilde portal que se derrumba
Al peso de los años, al azote
Del pasado aquilon y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra
De un pilastron cubierto de verdura,
Una triste paloma, triste y sola,
Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo léjos, junto á sauce añoso,
Una desmoronada sepultura,
Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera
Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos
La lira que cantaba tu hermosura,
Cubierta con el polvo del olvido,
Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte
Cómo serán mis sueños de ventura,
Cuando siento el dolor que siento ahora,
Cuando siento estas ansias y estas dudas!

XXXI.

Hoy por primera vez te ví vestida
Con un vestido negro;
Y yo pensé, mirándote tan bella,
Que eras la imagen que encerré en mi pecho.

Pensé que te escapabas de la cárcel
En que siempre te llevo ;
Donde te han de encontrar los que te busquen,
Después que me haya muerto !

XXXII.

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes
Que eres el ángel por quien yo deliro ;
Y que te importe ó nó, llore ó sonría,
Que eres tú mi destino !

Mañana me dirán tus negros ojos
Lo que debo esperar de tu cariño ;
Más sé que de este amor que nada espera,
Tu corazón es digno !

XXXIII.

Mis esperanzas todas y mi lira,
Mis versos, mis coronas,
Todo, ménos mi amor, hasta tu olvido,
Por mirarte dichosa !

XXXIV.

Te dije : "Hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar.

Suspiros que encendieron
Tu peregrina faz,
Tu aliento perfumado
De lirios y azahar,
Tu negra cabellera,
Tu nítido cendal
Bordado con espumas
Y conchas de la mar ;
Del cielo que te cubre
La augusta majestad,
Del sol que te calienta
La hoguera tropical ;
Las palmas, los naranjos
Que su frescor le dan
Al pardo caserío
Que forma tu heredad !
Te dije : "hasta la vuelta,"
Y aquí me tienes ya,
Después de tantos años,
De tanto suspirar. . . .
Te traigo mis cantares,
Mi lira, y un caudal
Que vale más que el oro,
Que vale mucho más :
Te traigo mi cariño,
Como es la inmensidad :
Sin límite, y profundo
Lo mismo que la mar ! . . .

Soñaba en tus hechizos,
Soñaba en tu beldad,
Y nunca á mis ensueños
Te puedes comparar;
Porque eres mas hermosa,
Indiana celestial,
Que un sueño, que es mentira,
Tú que eres la verdad!
Y tú ¡quien lo creyera!
Y tú ¿qué me has de dar,
En cambio de mis huesos
Y en cambio de mi afán?
Ay, Patria! del sepulcro,
Tal vez la dulce paz....
Que lo que yo ambiciono,
Eso no me darás!

XXXV.

Fuera el mayor insulto que me hicieras
El llamarme tu amigo:
O para tí soy todo, ó no soy nada:
¡La cumbre ó el abismo!

XXXVI.

Yo siento que en mi pecho
Ya no puedes cavar: llegaste al fondo...!
¡Qué campos tan inmensos son tus campos!
¡Qué negros tus sepulcros y qué hoidos!

¡ Oh duda, horrible duda !
Ya me queman las lágrimas el rostro !
O salvas á tu víctima, ó la salvas,
O dame su cadáver... ¡ pero pronto !

XXXVII.

Mata la luz ! á oscuras ! que no vean
Como logré un instante ser feliz :
Esos desventurados, prenda amada,
Sólo saben reír !

Si alguna vez surcaron sus mejillas
A torrentes las lágrimas sin fin ;
Sabrán lo que es llorar ; pero no saben
Lo que es llorar por tí !

XXXVIII.

Voy á mandarte un libro con las hojas
Muy tersas y muy blancas,
Para que en él escribas, vida mía,
Tu amor y tu esperanza.
Yo tengo un libro con las hojas negras ,
Sin lustre y maltratadas,
Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo
Lo borraron mis lágrimas...
Si un día de tu libro y de mi libro
Se mezclaran las páginas,
¡ Qué misterios de amor sorprenderían
Leyendo, nuestras almas !

XXXIX.

"¡Qué bellos son sus labios!" dicen todos...

"Su tez qué bella y pálida!
Cuando el rubor enciende su mejilla
Tal parece que el sol enciende el alba!"

"¡Qué bellos son sus ojos, qué belleza
En la dulce expresión de su mirada!"
Y añado para mí, cuando esto escucho:
¡Qué bella será su alma!

XL.

Si has de olvidarme un día,
No correspondas á mi amor inmenso:
Comprendo la verdad por lo inmutable;
¡Sólo comprendo á Dios porque es eterno!

XLI.

Hizo el Señor las estrellas
Y las flores del granado,
Mas no sé que hizo primero
Si tus ojos ó tus labios.

Ojos
Bellos,
Grandes,
Negros,
Luminosos,
Hechiceros,

Siempre dulces,
Siempre inquietos;
Vagando siempre afanosos
Entre la tierra y el cielo;
Buscando acaso una imagen,
Tal vez una imagen viendo
Que no existe,
Que es un sueño,
Voluptuoso,
Placentero.

Vago,
Bello,
Dulce,
Tierno!

*
* *

Labios
Tersos,
Puros,
Frescos,

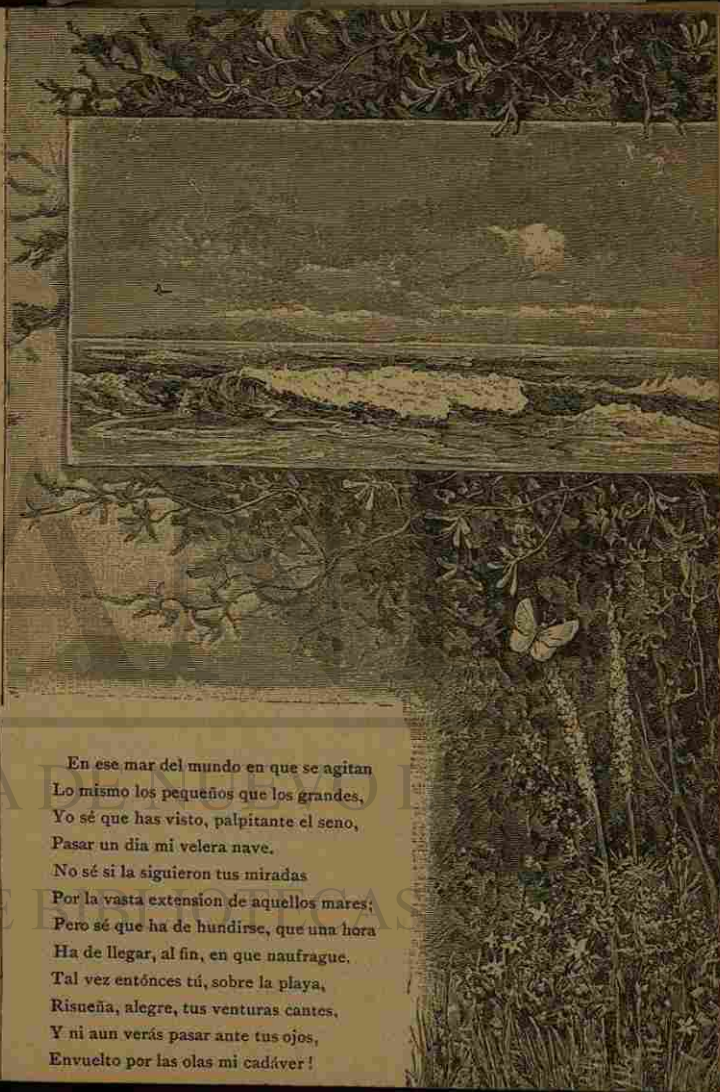
Desdénosos,
Lisonjeros,
Ya callados,
Ya risueños;

Abiertos por un suspiro,
Cerrados por un deseo;
Sujetando en sus corales,
Comprimiendo en el aliento,

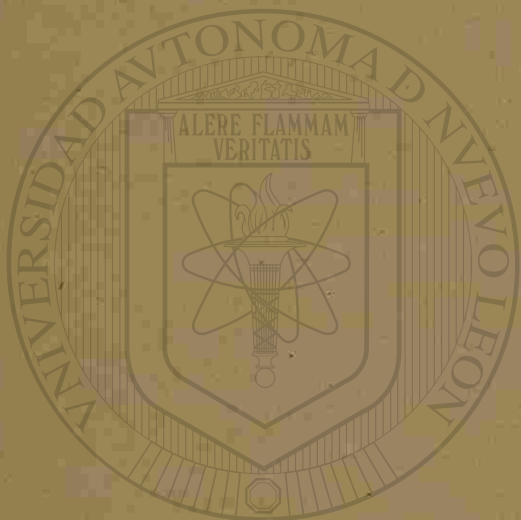
Como un canto,
Como un eco,
Cariñoso,
Pasajero,
Blando,
Tierno,
Dulce
Besos!

XLII.

Cuando me hablan los hombres de esos seres
Que en el combate de su amor murieron ;
Cuando oigo referir su negra historia,
O en una negra página la leo ;
Divaga sin querer mi fantasía,
Y hasta la losa de sus tumbas vuelo,
Y de rodillas sobre el duro mármol
Que guarda aquellos desdichados cuerpos,
Me propongo escuchar algún sollozo
Que turbe el hondo sepulcral silencio
Y cuando al fin cansado nada escucho,
Y de esperar las esperanzas pierdo,
Oigo como suspiros que se quejan,
Cantos, palabras, armonías, besos
Pero no junto á mí y allá en las tumbas,
Sino encima de mí y allá en el cielo !



En ese mar del mundo en que se agitan
Lo mismo los pequeños que los grandes,
Yo sé que has visto, palpitante el seno,
Pasar un día mi velera nave.
No sé si la siguieron tus miradas
Por la vasta extensión de aquellos mares;
Pero sé que ha de hundirse, que una hora
Ha de llegar, al fin, en que naufrague.
Tal vez entonces tú, sobre la playa,
Risueña, alegre, tus venturas cantes,
Y ni aun verás pasar ante tus ojos,
Envuelto por las olas mi cadáver !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

XLIII.

Las sombras de aquella noche
Penetraron en mi alma ;
Y rindió el sueño mis ojos,
Y el dolor mis esperanzas.
Después, entraste en mi alcoba
Andando como tú andas,
Con paso breve y tranquilo,
Con majestad soberana.

Melancólicos acentos
Gimió en mis manos el arpa ;
Y en una canción muy triste
Te dije que te adoraba.
Ni me miraste siquiera
Y te reías callada,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias !

Volví á cantar una endecha
Que el corazón me dictaba,
Con muy sentidos acentos,
Con muy sentidas palabras.
Y tú seguiste riendo,
Inmóvil como una estatua,
Burlándote de mis penas,
Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano,
Y con voz entrecortada,
Te hablé de amor, como siempre,
Algunas tristes palabras.
Y tú nada me dijiste....
Sí! dijiste que callara;
Y te marchaste riendo,
Burlándote de mis ansias!

Después al abrir los ojos
Aquella alegre mañana,
Miré tu imagen hermosa
En el fondo de mi alma;
Y recordando mi sueño,
Ahogué tu risa en mis lágrimas;
Y me olvidé de tus burlas,
Y me acordé de mis ansias!

XLIV

Para embriagarme un día en la ventura
Que soñaron mis locas esperanzas;
Para hallar un instante de reposo,
Tras de la lucha del dolor, amarga;
Para que dejen de sonar tan tristes
Las notas de mi arpa;
Para que en un instante abarqués todo
El mundo de mi alma,

Quisiera yo, bien mío,
Que mi alma concentrara
Todas mis esperanzas en un canto
Y todo mi dolor en una lágrima!

XLV.

No puede ser, no puedo
Olvidarte ni un día, ni un segundo...
Navegamos los dos, y el bajel mío
Las ondas corta donde corta el tuyo...
Y ni alcanzarte logro, ni es posible
Virar las velas y cambiar de rumbo!

El mástil roto y el timón maltrecho,
Tempestuosa la mar, el cielo oscuro,
Y lejos ¡ay!... de la remota orilla
En las desiertas playas, el sepulcro.
¡ Cuando estaremos en el mundo solos!
¡ Cuando estaremos en el cielo juntos!

XLVI.

Sonadas alegrías,
Risueñas esperanzas,
Poéticos engendros,
Que en dorado tropel mi mente abarca!

Fugaces vibraciones,
Arpegios, notas, cántigas,
Sollozos y armonías,
Que le llevais mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos
Ropage y forma y alma,
Si solo sois para ella,
Si solo sois, sonidos y palabras ;
¡ Pedazos de mi vida,
Fragmentos de mi arpa,
Perdeos en el polvo,
Ahogáos para siempre entre mis lágrimas !

XLVII.

Cantando las golondrinas
Frente á mi ventana pasan,
Despues de dormir la noche
Bajo el techo de tu casa.
Y yo me las quedo viendo,
Siguiéndolas con el alma,
Pues parece que con ellas
Se me van mis esperanzas !
¡ Quiera Dios que en el invierno
Para siempre no se vayan
Cantando las golondrinas
Que por mi ventana pasan !

XLVIII.

Tú sí serás feliz !.. Llegará un día,
Y el amor en el cáliz de una rosa,
Acercará á tus labios el almíbar
Que de los labios de los Dioses brota.
¡ El cáliz que te daba
Mi mano temblorosa,
Entre hiel y entre lágrimas tenía
De almíbar una gota !

XLIX.

Sobre esos sueños
Que en un sollozo,
Del alma inquieta
Parten del fondo,
Y en el espacio
Toman contornos
Indefinibles
Y vaporosos ;
Sobre la nieve
Que cubre en copos,
De las montañas
El régio trono ;
Sobre el ropaje
Multicoloro
Del ancho llano,
Del bosque umbroso ;

Sobre los mares
Azules y hondos;
Sobre las nieblas
Que arroja el noto;
Sobre esos mundos
Que ven mis ojos,
Del infinito
Girando en torno;
Envuelta en nubes
Y rayos en oro,
Volando pasas
Tú sobre todo!

XL.

Me mandaste callar... tembló mi labio
Y te pidió perdon, y tú callaste...
Ah! si mi corazón hubieras visto
Aquel horrible instante!

¿Qué pasaba por mí?... dejó un momento
En mis arterias de correr la sangre...
Cegaron mis pupilas, y una sombra
Me arrebató tu imagen!

¿ En dónde estaba mi razón, en dónde?
¿ En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?
¿ Dónde estaba la muerte que no vino
Con su boca á besarme!

Sentí de la vergüenza esas hogueras
Que eternamente arden;
Y en mi pecho esas lágrimas que nunca
Jamás del fondo de mi pecho salen!

Y humillado, vencido, volví á verte...
Tú estabas como siempre... eras el ángel.
Yo arrojado salí del paraiso,
Proscrito, miserable!

LI.

Díme que no es verdad que me deleitan
Los misteriosos ecos de la brisa,
Cuando en las sombras de la noche trae
Del ave solitaria
Las notas fugitivas!

Díme que no es verdad que en la ribera
Cuando divaga sobre el mar mi vista,
Gozo pensando en Dios, porque las ondas
Me enseñan que es eterno
Cuando á mis piés espiran!

Díme que no es verdad que me consuelen
Las lágrimas que vierten mis pupilas,
Cuando rendido de dolor á solas
Mi frente se doblega
Sobre mi muda lira!

Díme que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
Conté de mi existencia
Las horas y los días!

Díme que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa dejo
Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Díme que no es verdad que la esperanza
Da tregua con su halago á mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro... éso,
¡Único amor de mi alma:
Eso... no me lo digas!

LII.

Conjunto de impresiones que se borran,
Oscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria y ... soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oírte y ansia de mirarte,
Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,
Eso será mi vida!

LIII.

Yo no te he de pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;
Quiero sólo saber si tus congojas,
Responden á mis ansias.
Dímelo, por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas,
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

LIV.

¿Qué tienes, díme,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cáuces
Donde los ríos
Corren fugaces;

Díme que no es verdad que cuanto abarca
En su vuelo fugaz la fantasía,
Me recuerda que un tiempo, indiferente
Conté de mi existencia
Las horas y los días!

Díme que no es verdad que hay en mis cantos
Tesoros de ternura y poesía,
Cuando en la noche silenciosa dejo
Vagar en el espacio,
Fugaces armonías!

Díme que no es verdad que la esperanza
Da tregua con su halago á mis desdichas;
Que al fin de tanto suspirar en vano,
En lo hondo del sepulcro
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;
Que son mi llanto y mi dolor mentira;
Que no es verdad que te idolatro... éso,
¡Único amor de mi alma:
Eso... no me lo digas!

LII.

Conjunto de impresiones que se borran,
Oscuridad y luz y medias tintas;
Aplausos, gloria y ... soledad del alma,
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;
La esperanza de un bien que me reanima;
Ansia de oírte y ansia de mirarte,
Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,
Lozana cumbre ó pavorosa sima;
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,
Eso será mi vida!

LIII.

Yo no te he de pedir nada que sea
Indigno de tu alma y de mi alma;
Quiero sólo saber si tus congojas,
Responden á mis ansias.
Dímelo, por piedad! Y si nos une
Con invisible lazo la desgracia,
Pues no han de confundirse nuestras risas,
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

LIV.

¿Qué tienes, díme,
Que así me atraes?
Tú tienes algo
Como los cáuces
Donde los ríos
Corren fugaces;

Como las cumbres
De los volcanes,
Como los cielos,
Como los mares,
Como la tibia
Luz de la tarde,
Como la noche
Cuando se esparce,
Como en las sombras
Las impalpables
Formas que envuelven
Los ideales,
Que en los ensueños
De un alma grande,
Se reconcentran
En una imagen!

LV.

Era alta noche!... Con sus torpes alas
Azotaba mis párpados el sueño;
Y pasaba y pasaba ante mis ojos
Su imagen bella en reposado vuelo.
De su pálida frente coronada
De pálidos luceros,
Descendía la oscura cabellera
Velando en sombras el nevado cuello;
En mí elevaban la mirada ardiente
Sus grandes ojos negros;

Y allá en sus labios, como no hubo labios
Más puros ni correctos,
Dulce asomaba la fugaz sonrisa
Que guarda avara en ellos,
Como guardaron siempre
De su amor el grandísimo secreto.
Su blanca vestidura
Flotaba entre las sombras, en silencio,
Cruzando sobre mí, tal como pasa
En el cielo del alma un pensamiento.
Así gozaba yo!... Trémulas frases
En rítmico compás, en blandos ecos,
Subían á mis labios una á una,
Del fondo de mi pecho.
Le decían mi amor, mis ilusiones,
Le contaban mi amargo sufrimiento;
Y de ese caos que engendró la duda,
La sombra y el misterio;
El malogrado afán de la esperanza,
La inícua lidia del dolor eterno!
De repente un vapor, como la nube
De calcinado incienso,
Envolvió la beldad, veló el encanto
De su rostro hechicero...
Y ví en sus ojos la fugaz centella,
Y ví en sus ojos el desden supremo.
Torné los míos que anublaba el llanto,
Y de un rincón miré del aposento,

Desprenderse una sombra, negra efigie
De fatídico espectro!...
Que avanzó, y avanzó... y ante mi vista
Pasó terrible, lívido y siniestro...
Le ví crispadas las cobrizas manos,
Imágen del furor y de los celos...
Y se hundió en la pared... ¡Otelo! dije.
¡ Es la sombra de Otelo!
Y me sentí rodando despeñado
Por la honda sima del eterno sueño!

LVI.

¿Qué será?... no lo sé!... Yo sé que lleva
Algo de mi alma en su alma poderosa;
Porque tiene que ser... porque sus ojos
Me la robaron toda!

Yo sé que de su espíritu en mi espíritu
Algo debo llevar, como una sombra,
Porque tiene que ser... porque su imágen
Jamás en él se borra!

LVII.

Límpida estrella,
Flor de los cielos,
Qué hermosa brillas,
¡ Pero qué léjos!

Flor de los campos,
Flor del deseo,
Qué hermosa eres!
¡ Y vivo preso!
Pálida imágen,
Flor de mis sueños,
¿ En dónde mora
Tu pensamiento?
Flor de las flores,
Alma de un beso,
¿ Si tú no existes
Porqué te siento?

LVIII.

Como en el alma guardo
Tu imágen peregrina,
En ella tengo siempre
Una flor solitaria y amarilla.
A solas mis ardientes
Miradas la iluminan;
La miro y se me acuerda
Que tú en la mano la tuviste un día.
La miro y clavo en ella
Mis húmedas pupilas;
La miro absorto, y miro
Que recobra la flor su lozanía.

Que vive y el secreto
Conozco de su vida,
Porque es como tu imagen,
Porque en mi corazón no se marchita.

Si quieres convencerte,
Cuando me muera, niña,
En el sepulcro helado
La hallarás, revolviendo mis cenizas!

LIX.

Oye: si alguna vez imaginaste
Que herí tu alma sensible,
Piensa que el que ama como yo, bien mío,
No pudo nunca herirte...

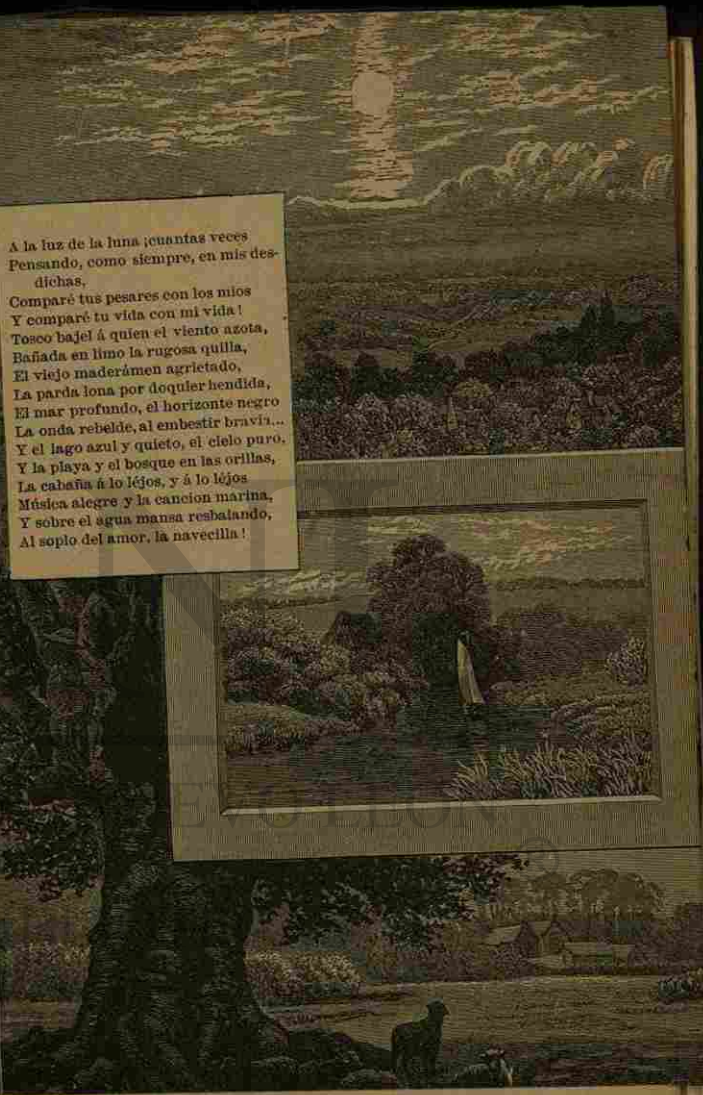
Si al tiempo que pasó los ojos vuelves
Y venturosa vives,
Piensa que un sér desventurado llora
Cada vez que te ríes.

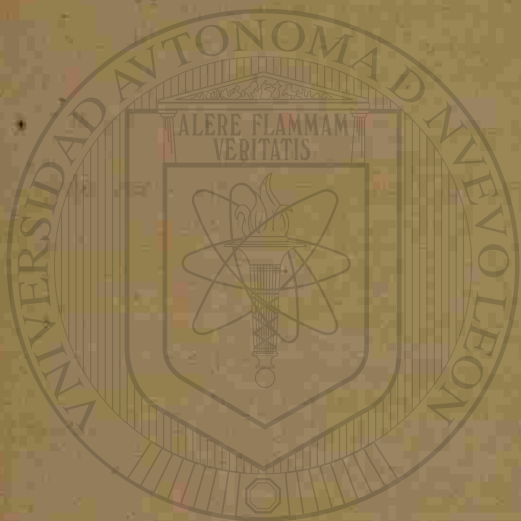
Si del amor las celestiales dichas
Tu corazón engríen,
Piensa que para mí, luz de mis ojos,
Fueron un imposible.

Si alguna vez de noche en el silencio
Oyes mis ecos tristes,
Piensa que son los ayes de mi alma
Que al morir te bendice!

A la luz de la luna ¡cuantas veces
Pensando, como siempre, en mis des-
dichas,

Comparé tus pesares con los míos
Y comparé tu vida con mi vida!
Tosco bajel á quien el viento azota,
Bañada en lino la rugosa quilla,
El viejo maderamen agrietado,
La parda lona por doquier hendida,
El mar profundo, el horizonte negro
La onda rebelde, al embestir bravía...
Y el lago azul y quieto, el cielo puro,
Y la playa y el bosque en las orillas,
La cabaña á lo lejos, y á lo lejos
Música alegre y la canción marina,
Y sobre el agua mansa resbalando,
Al soplo del amor, la navecilla!





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LX.

Cuando quieras saber por quien sollozo,
Si algo te importa oírme sollozar,
Pregúntale á tu pecho muy quedito
Y álguien en él, tal vez te lo dirá.

Y si álguien te responde,—(estoy seguro
Que sí responderán),—
Y pronuncian tu nombre, entónces, niña,
Ya no preguntes más !

LXI.

Como pasa una nube en los espacios
Bajo el azul del cielo ;
Como en las sombras de la noche pasan
Las sombras de los sueños . . .
Allá en los horizontes que en tu alma
Dilata el pensamiento,
Lo mismo que las nubes y las sombras,
Pasarán estos ecos ! . . .

LXII.

Como detras de lóbrego nublado
Sonrie el cielo azul,
Así tras de las nubes que en mi alma
Amontona el dolor, sonríes tú !

LXIII.

¿Porqué cuando á tu lado sin testigos
Me he solido encontrar,
Cual desbandadas aves, mis ideas
Huyen de donde están?

¿Porqué de tanto que pensé en decirte
Nada te digo ya,
Y mirando me quedo como estúpido
Tu encantadora faz?

A todos les pregunto y me responden
Que á preguntarlo van,
Y todos lo preguntan; pero nadie
Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas
Decirme la verdad;
Pero si es que has amado, entónces, niña,
Tampoco lo sabrás!

LXIV.

Olvidame! está bien!... si así lo quieres,
Si eso te hace dichosa...

Flores por flores... Ay! como las mías
Jamás te darán otras!

Olvidame... está bien!... puedes matarme
Que esta mi vida al fin nada te importa...

Lira por lira... ¿en dónde hallarás una
Con más amor en sus humildes notas?

Olvidame... está bien!... en mi existencia
La dicha está de sobra...
Ecos por ecos... Ay! ¿dónde otros ecos
Tan tiernos te enamoran?

Olvidame... está bien... Pero ¿qué digo?
¿Pero qué está soñando el alma loca?
¿Cómo me has de olvidar, mi idolatría,
Si jamás he ocupado tu memoria!

LXV.

Si ella guarda en su seno, madre tierra,
Como tesoro eterno,
La prenda de un amor que no es el mio,
Ay! ábreme tu seno!

Harto te dí del manantial que brota
Del fondo de mi pecho;
He apagado la sed, deja que apague
La sed que me devora de tus besos!

Que cubran mi ataúd con una losa
Al nivel del terreno;
Y que una triste cruz graben en ella,
Porque sepan no más que allí hay un muerto!

De la oculta semilla de esas flores
Que llenan de pavor los cementerios,
No permitas que brote ni una sola
En torno de mi féretro.

Yo quiero que en tu negro relicario
Encierres con mis restos
Una flor nada más... la que ella guarda
Como un tesoro eterno!

LXVI.

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las alegrías
De algun fantástico sueño,
Entónces te miro,
Entónces te veo,
No sé si dormido,
No sé si despierto;

No sé si en sus alas un ángel me lleva,
Cruzando llanuras y mares inmensos;
No sé si en el aire
Respiro tu aliento;
No sé qué me pasa,
Si vivo, si muero,
Si estoy en la tierra,
Si estoy en el cielo!

Cuando el reposo me llama,
Cuando los párpados cierro,
Y pienso en las amarguras
De algun fantástico sueño,
Entónces, te llama
Con ánsia el deseo;
Y yo velo entónces,
Y sé que no duermo,

Y sé que en sus alas me lleva el fantasma
Que enciende la duda, que engendra los celos;
Yo sé que en el aire
Me falta el aliento;
Yo sé qué me pasa,
Que vivo, y que muerto
Estoy en la tierra
Cruzando el infierno!

LXVII.

Hay otro mundo apénas conocido
De los que no han llorado como yo,
En donde es una sombra la esperanza,
Donde impera el dolor.
Allí todas son dudas y desdichas,
Todo es oscuridad, todo afliccion;
Allí del sol que los alumbra á todos
No hay un rayo de sol;
Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,
Ni una lozana flor.

Allí nada se muere... allí se vive
Porque es la muerte la única ilusión.
Tú debes conocerlo... á veces pienso
Que allí he visto tu amor junto á mi amor.
Si esto es verdad, responde: en ese mundo
¿Quién te amó como yo?

LXVIII.

No me arredra del campo en altas horas
La densa oscuridad;
Las sombras de esta duda
Me espantan mucho más!
No acongoja á mi espíritu el gemido
De la brisa al pasar:
Este que en mi alma escucho
Me apesadumbra más.
No me anonada el sepulcral silencio
Que en torno mio hay...
Aquel silencio de tus labios, ése,
Ese sí, porque al fin me matará!

LXIX.

Si sientes cuando alguno
Está pensando en tí,
Sabrá de cierto la hora,
Que deje de existir;

Y como sé que el alma
No tiene nunca fin,
Cuando pensar no pueda,
¿Te acordarás de mí?

LXX.

Naces de mi alma
Toda en el centro;
Formas y vida
Te da mi aliento;
Luz, de mis ojos
Tus hechiceros
Ojos reciben,
De ardiente fuego;
Siento que flotas
En mi cerebro;
En mis ideas
Sentir te siento!
Después, te envuelven
Mis pensamientos;
Hiendes los aires,
En raudos vuelos;
Salvas las nubes,
Llegas al cielo,
Y allí te alumbras
Con los luceros,
Y mis suspiros
Te lleva el viento....

¡ Y estás muy cerca,
Y estás muy lejos !
Y entónces gozo,
Y entónces creo,
Y entónces vivo,
Y entónces duermo !

LXXI.

Cuando te miro alegre
Cuando tu labio ríe,
Entónces me figuro
Que ni el fantasma del dolor existe.
Cuando los ojos bajas,
Cuando tu pecho gime,
Entónces me parece
Una sombra el placer, un imposible !
Por eso en mar de dudas
Bogando vá mi eskuife . . .
No importa : que hizo rumbo,
¡ Y al rumbo, inalterable, se dirige !

LXXII.

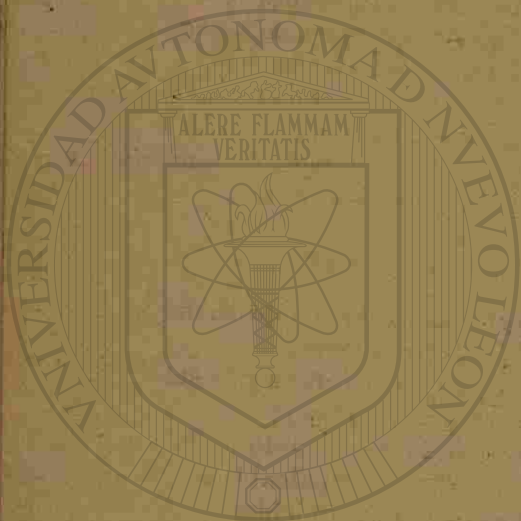
Ella, dentro de mí, me dijo anoche,
Que llevo siempre un sol :
Y ella dijo muy bien, porque la llevo
Siempre en mi corazón !

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,
Diles que mienten... No !
¡ Cuando el amor con lágrimas se nutre,
Es eterno el amor !

Cuando en la soledad las esperanzas
Nacen de la aflicción,
Y se cruza entre piedras y entre abrojos
La senda del dolor;

Cuando sangran los pies; cuando se llora
Sangre del corazón,
Cuando nada se espera y del consuelo
Ya se extinguió la voz;

Cuando el vivir es muerte, y el sepulcro
Es desesperación,
Entónces no se olvida ! si lo dicen,
Diles que mienten... No !



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LXXIII.

Cuando me apercibí, todo era tuyo :
Mi vida, mi esperanza !
Sin ruido, sin estrépito, en silencio,
Con solo una mirada,
Así, como lo hiciste con la mía,
Así se roba el alma . . .
¡Todo eso está muy bien; pero no olvides
Que así también se mata !

LXXIV.

Del lejano horizonte en los confines
Al espirar la tarde,
Miré tu imagen, cariñosa y triste,
Vagar entre celajes ;
Pero la noche alzando
Sus sombras impalpables,
Llegó, y en las tinieblas
Ante mis ojos se nubló tu imagen !
Vagando en los espacios luminosos
Cruzabas como un ángel,
Y absorto contemplé tu seductora
Belleza incomparable !
Pero la luz del día
Resplandeció en los aires,
Y entre sus rayos de oro
Ante mis ojos se nubló tu imagen !

Te esconden de mi vista
Con su poder iguales,
La luz en la mañana
Las sombras en la tarde!
Si tiene mi alma un cielo
Y en el grabé tu imagen,
¿Por qué, bien de mi vida,
Por qué te he de buscar en otra parte?

LXXV.

Me parece que leo en su sonrisa
Y que leo el amor en su mirada;
Y en el círculo rojo de sus parpados
Las penas leo que atormentan su alma!
Y cuando pienso que por otro llora,
Y pienso que otro su amargura causa,
Nada puedo leer... del misterioso
Libro del corazón arden las páginas;
Y más que nunca bella, más hermosa
Del espantoso incendio entre las llamas,
Hechicera y gentil se me aparece,
Imagen del dolor, su imagen pálida.

LXXVI.

Es igual para mí: nada me importa
La densa oscuridad,
Que la tiniebla pavorosa, nada
Me deje contemplar;

Yo no quiero la luz del sol ardiente
Para mirar tu faz,
Que la luz de mis ojos te ilumina
Donde mi vista va.
Tampoco quiero luz para buscarte,
Que donde estoy, estás...
Quiero luz... mucha luz! pero en tu alma,
Para leer en ella la verdad!

LXXVII.

¿Qué habrá en el fondo de las ondas mías?
¿Qué habrá en el fondo del revuelto mar?
¿Qué habrá tras el confin del horizonte?
¿Qué tras los mundos que girando están?
Yo no sé lo que habrá: si yo pudiera
Tan profundos arcanos penetrar,
Bien sé lo que vería... Yo vería
Tu imagen... ¡nada más!

LXXVIII.

Amé la gloria... su laurel de oro
Fué mi ambición un tiempo no lejano,
Pero eso ya pasó... Ya solo ansío
Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.
Y allí la senda está: ¡he allí la cumbre
Que dora el sol con inmortales rayos!
Aun pudiera subir y allí tan solo
Grabar tu nombre en duradero mármol.

No importan los abrojos del camino,
Nada el raudal de mi copioso llanto:
Aún pudiera subir... Yo subiría
¡Con tal que me llevases de la mano!

LXXIX.

Cuando sea cadáver para todos,
Pon tu mano en mi pecho;
Lo has de sentir latiendo todavía,
Que solo para tí no habré yo muerto!

LXXX.

En medio de esas vagas armonías
Que turban el silencio de la noche,
Creo escuchar mi nombre en un acento
Que mi alma reconoce....
Y yo, insensato, me figuro á veces,
Que eres tú, que me llamas por mi nombre,
Que de tus labios de coral el viento
Al pasar lo recoge.

LXXXI.

Cuando pienso en la negra sepultura;
Cuando miro un abismo,
Mi corazon se oprime de tristeza
Y pienso en el olvido.
Cuando levanto al cielo la mirada
Y veo que es el mismo,

Mi corazon se llena de alegría
Y pienso en lo infinito:
Y ya triste, ya alegre, cuantas veces
Los horizontes miro,
¡No quisiera mirar ese fantasma
Que flota en el vacío!

LXXXII.

Cuando miro volando alguna nube
Que por los aires va,
La sigo con la vista y me pregunto:
¿A dónde va á parar?
Cuando miro algun ave solitaria
Cruzar la inmensidad,
La sigo con la vista y á mis solas
Me digo: ¿A dónde irá?
Y nadie me responde y me entristece
No saber donde van,
Y es porque yo tambien, luz de mis ojos,
Tambien voy á volar!

LXXXIII.

¿Tienes celos? ¿De quién? ¿Es que tú ignoras
Lo que tu rostro peregrino vale,
Lo que tu labio esconde,
Lo que en tus ojos arde!
Y lo que vale mi alma...
¡Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

LXXXIV.

Hay un reloj que por instantes rápidos
Los siglos marca de mi eterno amor.
¿No sabes tú cual es? Pues oye el péndulo:
¡Latiendo está por tí mi corazón!

LXXXV.

En tu hechichera faz ví la alegría,
Y la tristeza en tu hechicera faz,
Y entonces comprendí todo lo hermoso
Del cielo y de la mar!

LXXXVI.

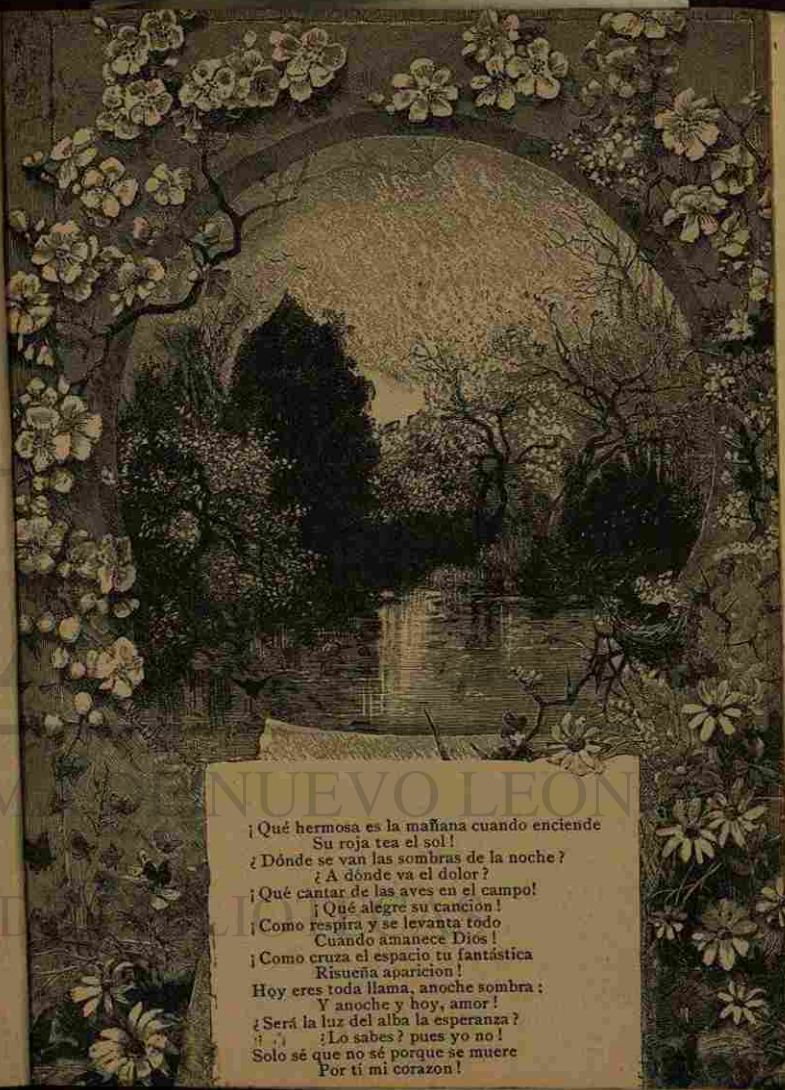
Si no es todo ilusion, si en los espacios
Tu espíritu me busca,
Piensa, al pensar en mí cada mañana,
Que es uno mismo el sol que nos alumbra!

LXXXVII.

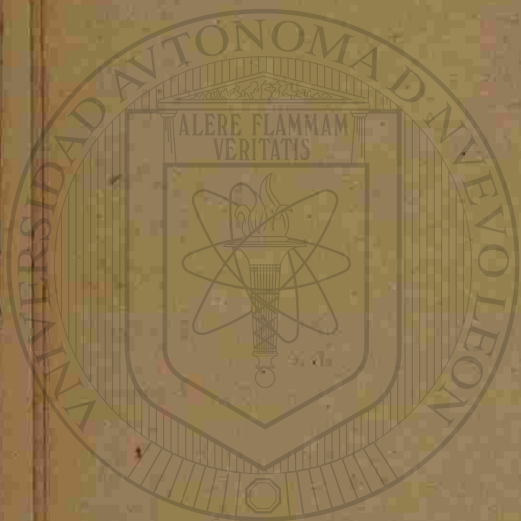
Yo voy con esas aves melancólicas
Que en el silencio de la noche cantan;
¡Quién pudiera en la noche de los sueños
Cantar en el silencio de tu alma!

LXXXVIII.

No le temo á tu olvido; ¡no podrias
Tanto amor olvidar!
¿Sabes á qué le temo, si me quieres?
¡A que no puedas ya quererme más!



¡Qué hermosa es la mañana cuando enciende
Su roja tea el sol!
¿Dónde se van las sombras de la noche?
¿A dónde va el dolor?
¡Qué cantar de las aves en el campo!
¡Qué alegre su canción!
¡Como respira y se levanta todo
Cuando amanece Dios!
¡Como cruza el espacio tu fantástica
Risueña aparición!
Hoy eres toda llama, anoche sombra:
Y anoche y hoy, amor!
¿Será la luz del alba la esperanza?
¿Lo sabes? pues yo no!
Solo sé que no sé porque se muere
Por tí mi corazón!



LXXXIX.

Llegué al sombrío átrio de la iglesia
Y el dolor me detuvo,
Y creí que mi mano se apoyaba
En la fría pared de mi sepulcro.
Como su imagen pálida, mi alma
Se desprendió del mundo,
Torné los ojos y encontré tinieblas,
Volví la vista al cielo y lo ví oscuro !

Al fin estamos solos, arpa mía,
En la alta noche, juntos ;
Ni un eco... ni una nota... aquí aguardamos,
Mudas tus cuerdas y mi labio mudo.
Se llenó de ilusion mi pensamiento,
Mi corazon de luto ...
Yo no sé donde fueron sus promesas,
Yo sólo sé que el triunfo ha sido suyo.

XC.

Yo soy hoja caída que se seca.
Soy el dolor que rie,
Soy la deshecha nave que ha cruzado
Horizontes sin límites,
Ola del mar que se estrelló en la arena
Al pié del arrecife ;

Soy el día que muere en el crepúsculo
De una esperanza triste;
Yo soy la noche, en fin: ¡dime si eres
La sombra que me sigue!

XC I.

Antes dejaba yo mis pensamientos
Al acaso volar
Y nada me importaba que volvieran
O no volvieran más.
Desde que te conozco, desde entonces,
No importa á dónde ván,
Y anhelo porque vuelvan y me digan
Lo que pensando estás!

XCII.

¿Cómo vivo? No sé, soñando en cosas
No sé si de alegrías ó dolores...
Que á veces me parecen realidades,
Y á veces me parecen ilusiones.
Cuando á contarte vayan como vivo,
Esas gentes que viven porque comen,
Diles, pero de modo que lo entiendan,
Diles que ni siquiera me conocen.

XCIII.

Hay quienes piensan que al morir el alma
Se vá con los placeres que ha gozado,
Que deja sus desdichas, que por eso
Hay tantos desdichados.

Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,
Que es falso, que es muy falso;
Que el alma que se va solo se lleva
La única dicha de romper sus lazos.

XCIV.

Y hace muy poco que empezó la lucha!
¡No hace mucho que sufro!
Pero tales serán estos dolores
Que el tiempo breve me parece mucho.
Al través de mis lágrimas los veo
Pasar uno por uno;
¡Yo soy el mismo... ¡siempre! Aquí le guardo
Mi amor eterno, cuando pase, al último!

XC V.

Yo sé que son las almas
Como las olas,
Que siempre va la una
Siguiendo á la otra;
Tú vas delante...
¿Donde estará la playa
Que nos aguarde?

XCVI.

Bandadas de torcaces, blancas nubes
De blancas flores que arrebató el viento,
Ay! eso son á veces cuando lloro
Mis locos pensamientos!

Tropel de aves fatídicas, tinieblas
Que arrebató el turbión del cementerio,
¡Ay, eso son á veces cuando río
Mis tristes pensamientos!

XCVII.

Es preciso callar. . . De estas canciones
Aún tiene el alma muchas ;
Pero guardadas en el pecho mío,
Bajarán con mis restos á la tumba !

XCVIII.

Después que yo me ausente, no me busques
Niña, en el panteón,
Ni busques esta llama que me abrasa
En los rayos del sol,
Ni busques mis miradas en los astros,
Ni mi aliento en la flor ;
Ni en las sombras que vagan por las noches
Mi ardiente inspiración !
Si quieres encontrarme entero, busca
En mis versos, mi amor ;
Y si buscas mi imagen, no la busques
Si no la guarda ya tu corazón !

FINIS.

